

La Ilustración Artística



AÑO XXXIV

BARCELONA 15 DE NOVIEMBRE DE 1915

NÚM. 1.768

LONDRES. - EXPOSICIÓN DE LA REAL ACADEMIA. 1915



LA MADRE Y EL HIJO, cuadro de Federico Elwell

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos a los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el tomo cuarto de los correspondientes al presente año, que es

LOS PECADOS CAPITALES

obra interesantísima en la cual el distinguido publicista don Luis Carlos Viada y Lluch ha recopilado todo cuanto notable e importante han escrito desde la antigüedad hasta los presentes días filósofos, moralistas, poetas, médicos, fabulistas, etcétera, sobre los principales vicios que son triste herencia de la humanidad.

El libro va ilustrado con reproducciones de lienzos y esculturas de los más famosos maestros.

SUMARIO

Texto. — *La casa de Cervantes. Restauración terminada*, por el marqués de la Vega Inclán. — *La guerra europea*. — *Museo de Arte y Arqueología de Barcelona, inaugurado el 7 del actual*. — *Excmo. Sr. D. Juan Luis Sanfuentes. — República Argentina. Instrucción Pública. — ¿Más fuerte que el amor?* (novela ilustrada; continuación). — *Los efectos desastrosos de la guerra. — Barcelona. Banquete de despedida a D. Emilio Chibás.*

Grabados. — *La madre y el hijo*, cuadro de Federico Elwell. — *La Casa de Cervantes. Restauración terminada* (diez fotografías). — *La guerra europea. Fugitivos polacos. — Los italianos en el Trentino. — En Servia. — En el frente francés. — Museo de Arte y Arqueología de Barcelona, inaugurado el 7 del actual* (seis fotografías). — *Excmo. Sr. D. Juan Luis Sanfuentes. — Los príncipes Boris y Cirilo de Bulgaria. — Dr. D. Carlos Saavedra Lamas. — Dr. D. Horacio C. Rivarola. — Los efectos desastrosos de la guerra. — Banquete ofrecido a D. Emilio Chibás. — Milán. Monumentos funerarios erigidos al escultor Carcano y al ingeniero Spasciani.*

«LA CASA DE CERVANTES»

RESTAURACIÓN TERMINADA

En Valladolid, próximas al Hospital que fué de la Resurrección, donde Cervantes inmortalizó el célebre coloquio de Cipión y Berganza: en el Campillo de San Andrés, fronteras a un puentecillo sobre el Esgueva y en el fondo del Rastro, existían en 1605, y hoy se perpetúan, las casas nuevas que labró Juan de las Navas en los comienzos del siglo xvii. A una nobilísima colaboración de la Sociedad Hispánica de Nueva York y al grande amor a España de su Presidente el Excmo. Sr. Archer M. Huntington, se deberá en gran parte que la modestísima morada en que vivió Miguel de Cervantes Saavedra llegue a ser una institución ejemplarísima. Minuciosas investigaciones de ilustres académicos de la Lengua y de literatos que secundaron ha más de cincuenta años los acuerdos del Ayuntamiento de Valladolid, para depurar los antecedentes que testificaran la existencia de la casa en donde vivieron Cervantes y su familia, en el Rastro, certifican este importantísimo hecho, no de tanta trascendencia cultural, con ser mucha, como la demostración con que hoy afirma España un símbolo representativo, un homenaje al autor del Quijote, y un acto de alta idealidad en honor suyo y del habla castellana, que al través de los mares y en remotos continentes, a pesar de las vicisitudes y los siglos, enaltece y glorifica el nombre de España.

Al conocer el Rey D. Alfonso XIII que la casa de Cervantes, en plazo más o menos remoto pudiera borrarse y desaparecer, se dignó ordenarme en las postrimerías de 1912, que practicase las más activas gestiones para evitar la demolición o ruina inevitable en plazo no lejano.

Ni las investigaciones de ilustres literatos y biógrafos de Cervantes, ni los trabajos del erudito Santamaría, ni tampoco los buenos deseos del Ayuntamiento de Valladolid y de meritisimos cervantistas (especialmente de D. Mariano Pérez Mínguez, entusiasta precursor de la obra que hoy se realiza), hubieran impedido la desaparición de estas casas sin el decidido propósito de S. M. el Rey y la colaboración del Presidente de la Sociedad Hispánica de Nueva York.

Al entonces ministro de Instrucción Pública, señor Alba, tan entusiasta por Valladolid, di cuenta de la adquisición que se pensaba realizar, así como al alcalde de la capital de Castilla, Sr. D. Emilio Gómez Díez, rogándoles las facilidades y noticias que exigía adquisición tan delicada, para que no se malograra en sus comienzos.

El 24 de octubre de 1912, en la casa y notaría del Sr. Huidobro, se otorgó la correspondiente escritura de compra, concurriendo de testigos el capitán general de la región D. Federico Ochando, el alcalde de Valladolid Sr. Gómez Díez y el rector de la Universidad, D. Nicolás de la Fuente; pues estimé que la representación de las Letras y de las Armas, así como la de la propia capital castellana, debían fundamentalmente asociarse a este acto, mo-

desto en la forma, pero de alta y elevada significación.

Siguiendo las instrucciones del Rey, adquirí, en nombre de S. M. y de su propio peculio, la casa que el Ayuntamiento de Valladolid, después de minuciosa investigación y en solemne acta de 23 de junio del año 1866, designó como aquella en que había vivido Cervantes. Preferentemente el Rey de Espa-



Valladolid. — Fachada de la Casa de Cervantes adquirida por S. M. el Rey D. Alfonso XIII

ña deseaba tener el honor de ser el que la adquiriese. De acuerdo con el Sr. Huntington, y en su representación, adquirí también las dos colindantes, números 12 y 16, para dar el desarrollo que quizás algún día requiera esta cultísima institución hispano-americana. Hizose desde luego el reconocimiento para saber exactamente el estado de descomposición de sus fábricas y armaduras, que no habían sido objeto de seria reparación desde que fueron labradas por Juan de las Navas.

Los arquitectos Sres. Laredo y Traver han realizado cumplidamente la consolidación de la finca, a pesar del peligroso estado de inminente ruina, principalmente por lo desatado y ruinoso de sus cubiertas, entramados y escaleras.

Tan honroso como arduo era el problema de habilitar estas modestísimas mansiones, con la dignidad, decoro y respeto con que deben contemplarse por las muchedumbres que por ellas desfilen, para rendir un homenaje a Cervantes, al habla castellana y a España, en fin. En Sevilla y en Toledo y en cuantas edificaciones de arte he intervenido, muy fácil ha sido la tarea de exhibir o habilitar para Museos, y someter a la atención de los amantes del arte, obras como la casa y el Museo del Greco, la Sinagoga del Tránsito, la Portada de Marchena, los Jardines de la Reina del Alcázar de Sevilla, y las edificaciones del barrio de Santa Cruz, etc.; pero dado mi decidido propósito de evitar restauraciones y disfraces que borran generalmente el carácter de nuestros más apreciados monumentos, y con la arraigada creencia y religioso respeto con que consideraba las modestas viviendas, ¿qué orientación, ni qué otro procedimiento debía y podía guiarme, sino el de una absoluta austeridad?

Para cumplir mi misión, he considerado más intensa la exhibición de aquella pobreza, donde renacerá una vida espiritual y de cultura que considero el mejor homenaje y más suntuoso monumento conmemorativo, dejando a los privilegiados que sepan sentir la más dramática de las emociones al contemplar las desnudas paredes y disposición primitiva de aquellos sagrados aposentos; pero sí rodeándolos de elementos que deben perdurar y dar vida a aquel homenaje: una biblioteca, un salón de lectura, una imprenta, y, a ser posible, una escuela. En la biblioteca podrán atesorarse, con el tiempo, los mejores y los más raros ejemplares de la obra cervantina, así como de la literaria anterior a Cervantes y la de toda la décimoséptima centuria, hasta el presente.

En la casa número 16 se instalará una prensa y modesta imprenta, que sin pretensiones de reproducir todas las obras de Cervantes, se limite a una acción lo más intensa y frecuente posible de divulgación y propaganda. Y contando con el celo y entusiasmo de los maestros contemporáneos de las Letras patrias, aquí se pueden iniciar campañas dirigidas a países y provincias donde deba mantenerse y depurarse el habla castellana, corrigiendo la algarabía y los dialectos emancipadores del sagrado vínculo con que están unidos a la madre Patria.

La única pequeña alteración que he permitido en aposentos de la planta baja, ha sido para habilitar una sala de regulares proporciones, donde puedan congregarse más de un centenar de devotos visitantes. En este grande aposento, diariamente podrá y deberá darse lectura de un trozo cervantino, ya sea por el profesor de la Universidad, destinado a esta institución, o por aquellas personas que por su alta representación o amor a nuestras letras deseen contribuir a este piadoso rito.

En cuanto a la Casa de Cervantes, ni galas, ni mármoles, ni primores ornamentales, deben perturbar la emoción que ha de sentirse en aquella austera y pobre vivienda. En la alcoba en donde debió de reposar, sufrir y cavilar, sólo caben las fechas y nombre del cautiverio y desventuras de Argel, una gloriosa reliquia de Lepanto y un libro ante el cual la Humanidad acuda con su admiración y con su homenaje.

A ser posible, como contraste con tanta pobreza, tal vez pudieran colgarse en aquellas paredes los retratos de Lope, de Góngora, y de otros contemporáneos, que nos han legado los más gloriosos maestros de nuestra pintura, en el siglo xvii. Estas intensas y excepcionales obras de arte, deberán ser los únicos adornos que con gran sobriedad acompañen la memoria de Cervantes y de su obra.

En cuanto a su propio retrato, sobre todos los que se encuentren y puedan encontrarse, creemos más elocuente y representativo un autógrafo que difunde el espíritu de su alto pensamiento y la huella de su mano...

Cuando comenzaron las obras, me otorgó el Ayuntamiento de Valladolid los más amplios ofrecimientos para su complemento y desarrollo, por lo que se refiere a las inmediaciones de dichas casas, pues éstas corrían el peligro de quedar escondidas y sepultadas entre las modernas edificaciones de una nueva vía. En crítico momento accedieron unánimemente y con gran entusiasmo los nobles regidores castellanos a la proposición de su presidente, y mi ruego de que en las próximas parcelas no se edificara fué generosamente atendido, lo que me permitió construir un muro de mampostería y la escalinata que directamente, y con toda dignidad y holgura, conduce a la casa de Cervantes desde una de las más concurridas y urbanizadas vías de Valladolid.

En estas parcelas, a más de una balastrada, terrado o compás, desde donde se contempla la institución cervantina, florecerá un jardín de carácter absolutamente español, con sus bojés y sus mirtos: como cerramiento, una columnata con sus pilastras y leones y castillos, y, como único monumento escultórico, una fuente de líneas clásicas y, a ser posible, de la época, fuente simbólica en donde el agua brote y caiga y vuelva a brotar de inagotable manantial, como inagotables y eternas son las puras y vivificadoras corrientes que el habla castellana lleva a todas las regiones que deben su cultura a España.

Para la adquisición de las tres casas números 12, 14 y 16, así como para las obras de consolidación y construcción de las exteriores; murallón, terrado y escalinata, ornato, calefacción, saneamiento, etc., etcétera, han contribuido S. M. el Rey, el Presidente de la Sociedad Hispánica y algún anónimo colaborador, todo lo cual ha permitido llegar a la terminación de las obras. Éstas han durado próximamente dos años, sin haber tenido necesidad de acudir hasta la fecha al auxilio económico del Estado ni de la Junta del Centenario, y sin más dispendios de personal que los modestos sueldos y pequeños gastos de los arquitectos durante sus viajes y estancia en Valladolid.

EL MARQUÉS DE LA VEGA INCLÁN.

(Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

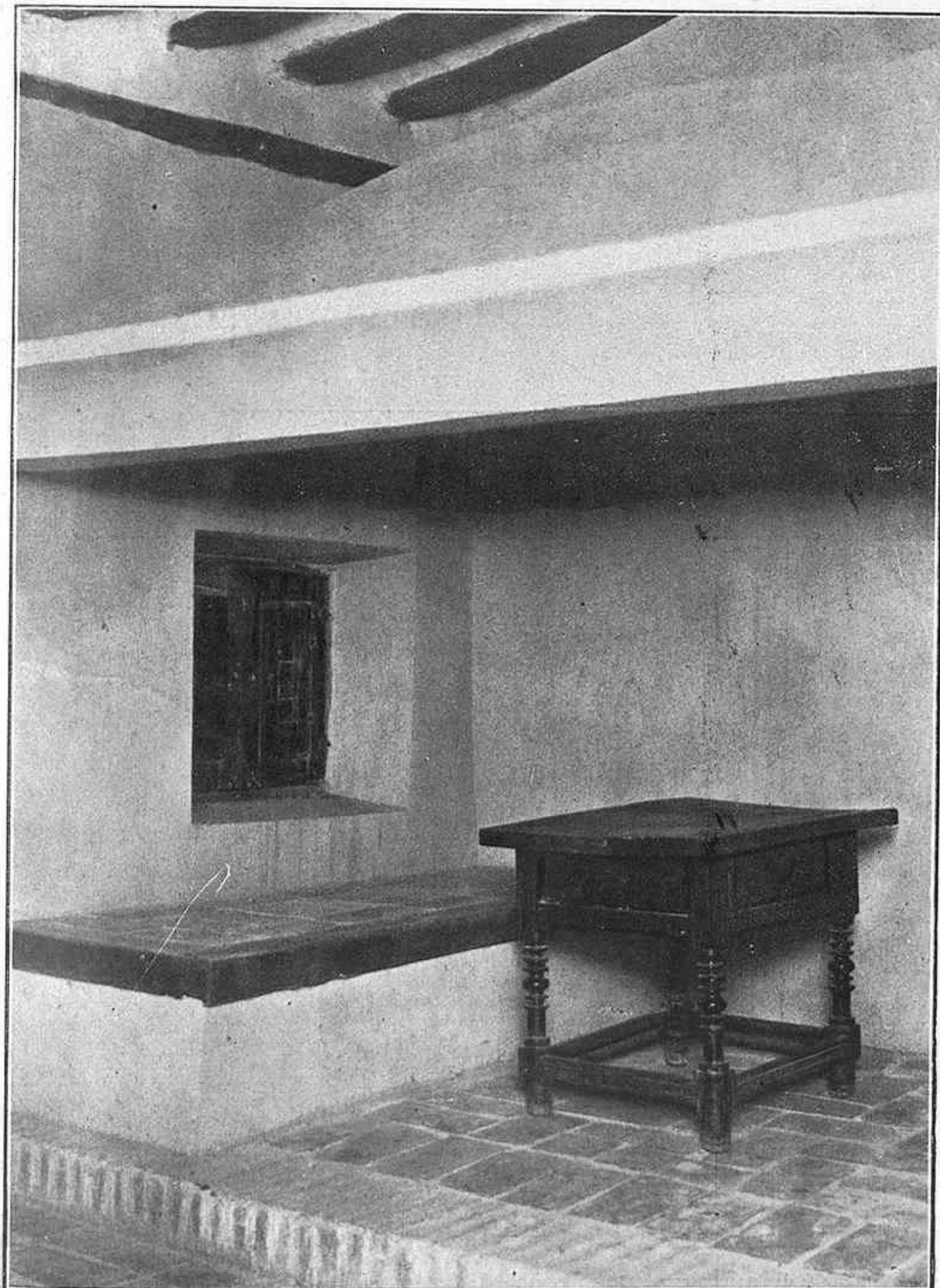
LA CASA DE CERVANTES. - RESTAURACIÓN TERMINADA



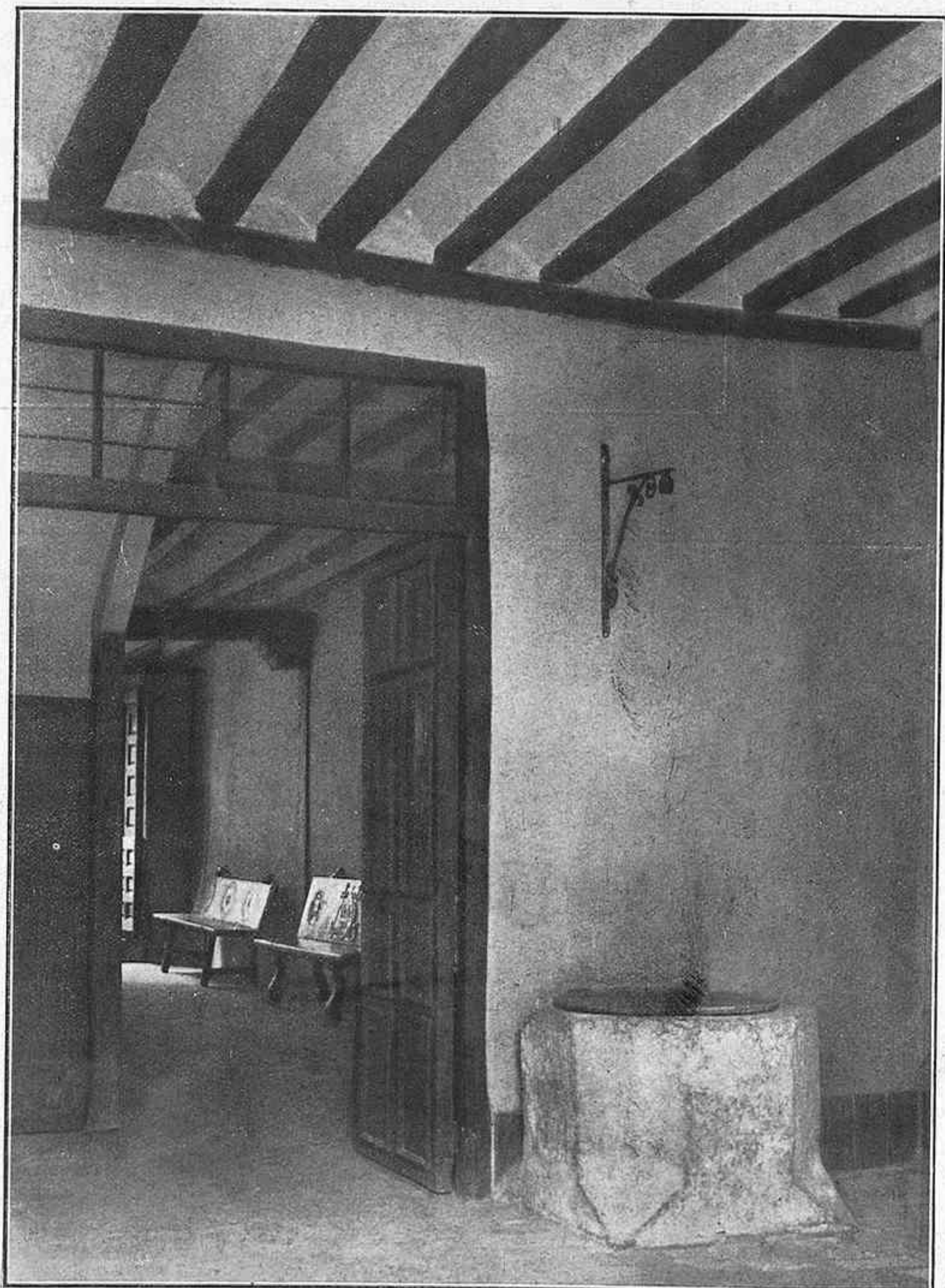
Entrada a la Imprenta Cervantina



Jardín

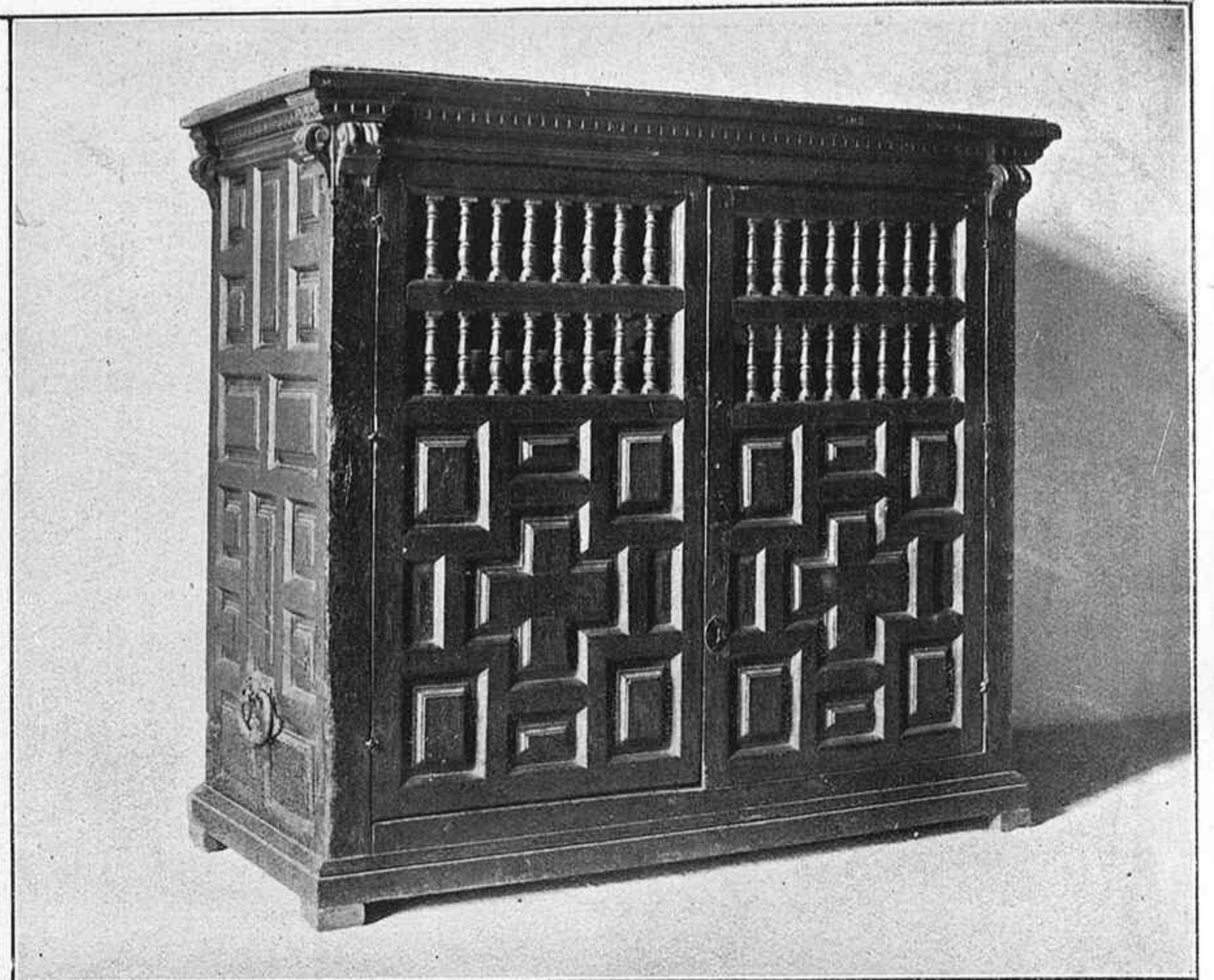


Cocina



Entrada al piso bajo

LA CASA DE CERVANTES. - RESTAURACIÓN TERMINADA



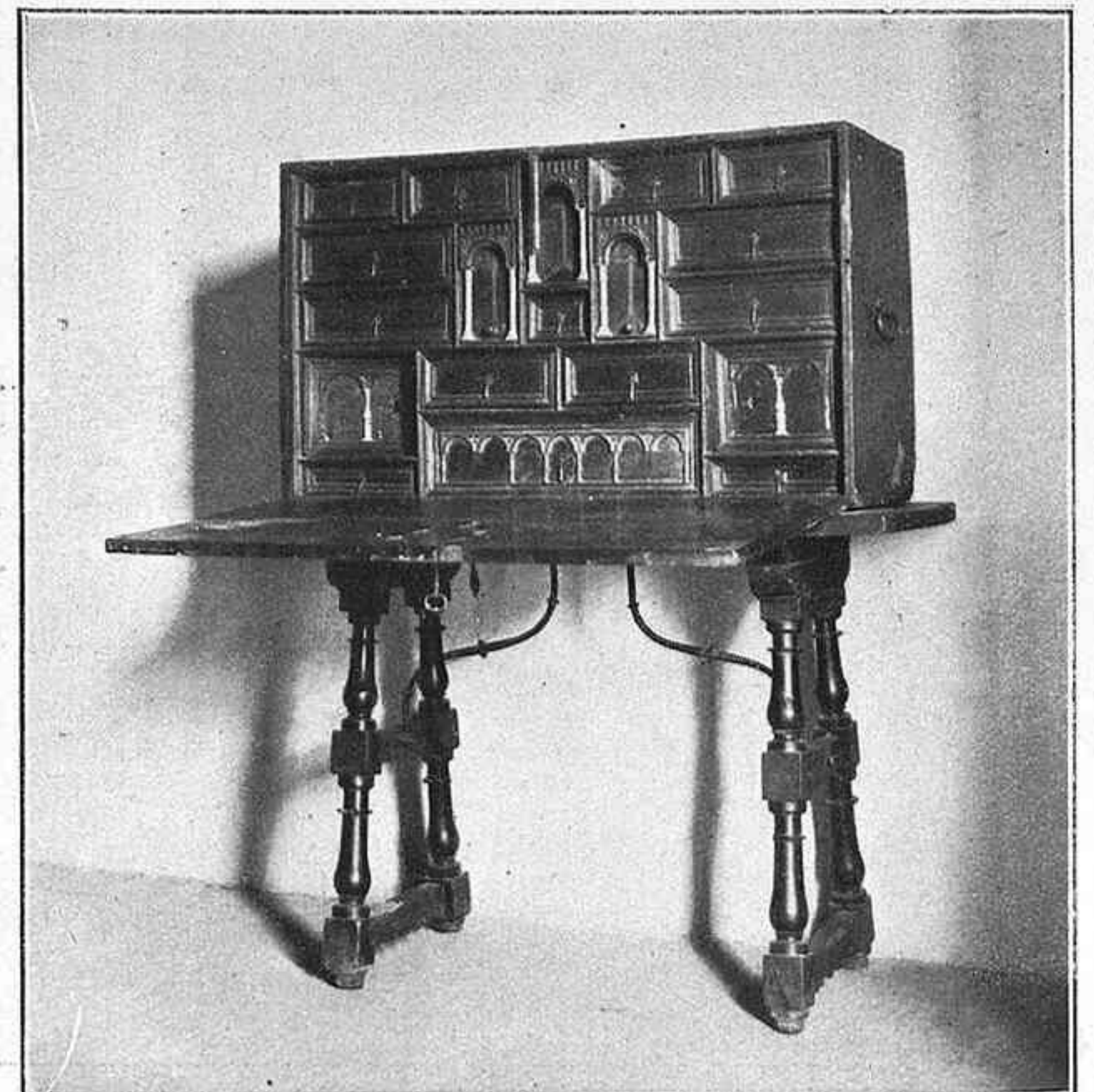
Retrato de Felipe III, por Bartolomé González. Este rey vivió en Valladolid durante la estancia de Cervantes en esta ciudad. - Mueble destinado a la biblioteca



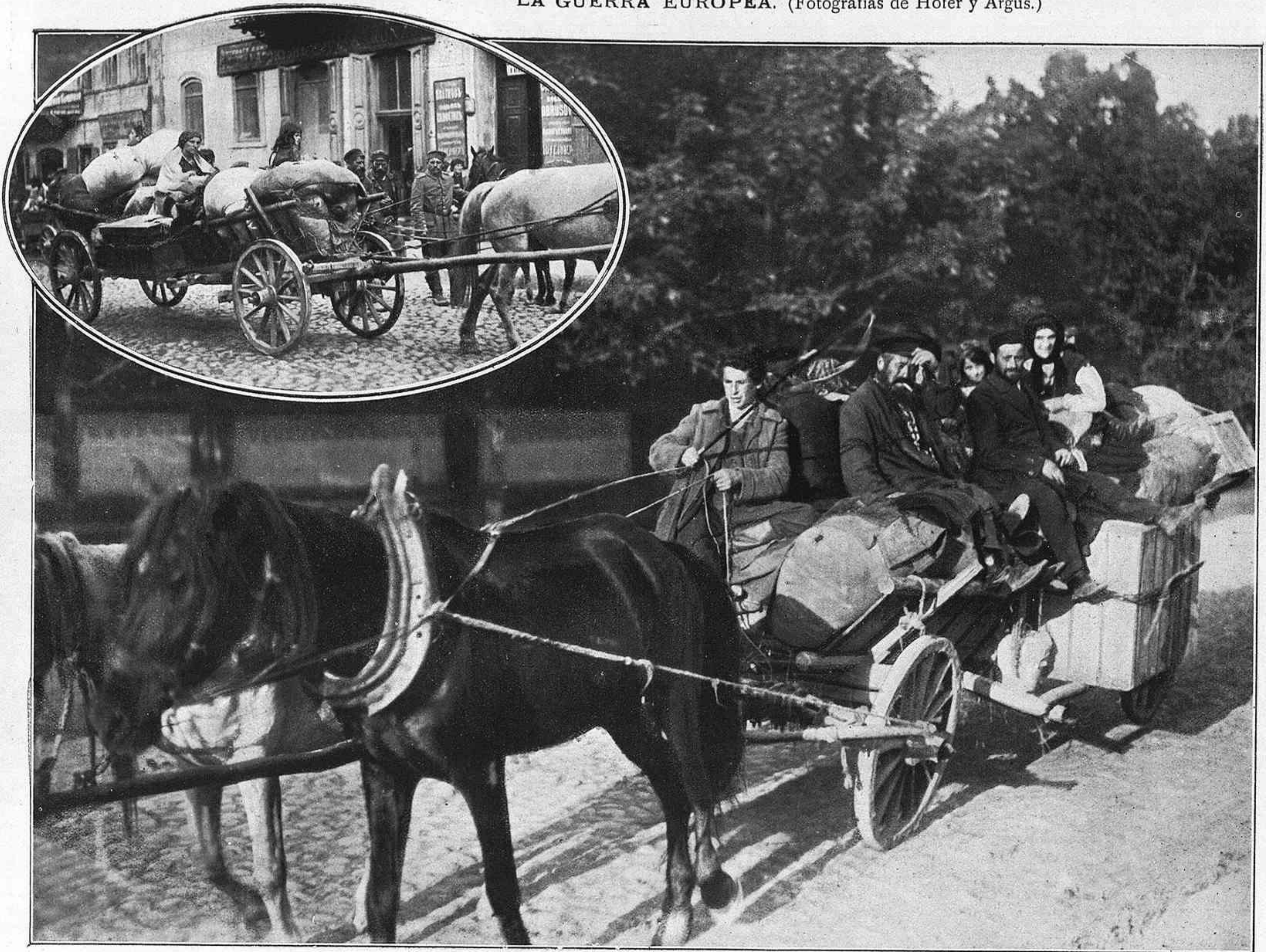
Aposento



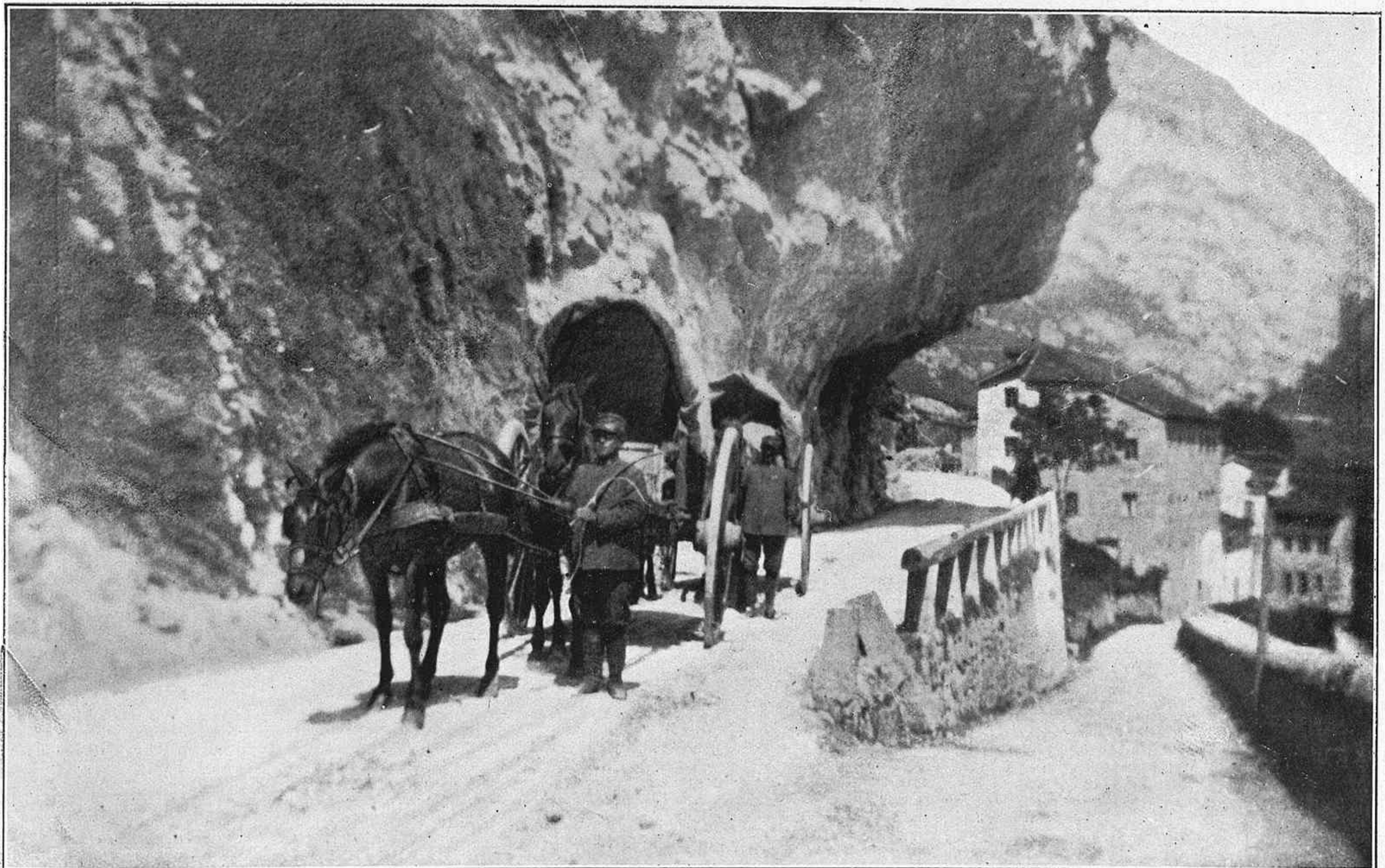
Patio de la biblioteca



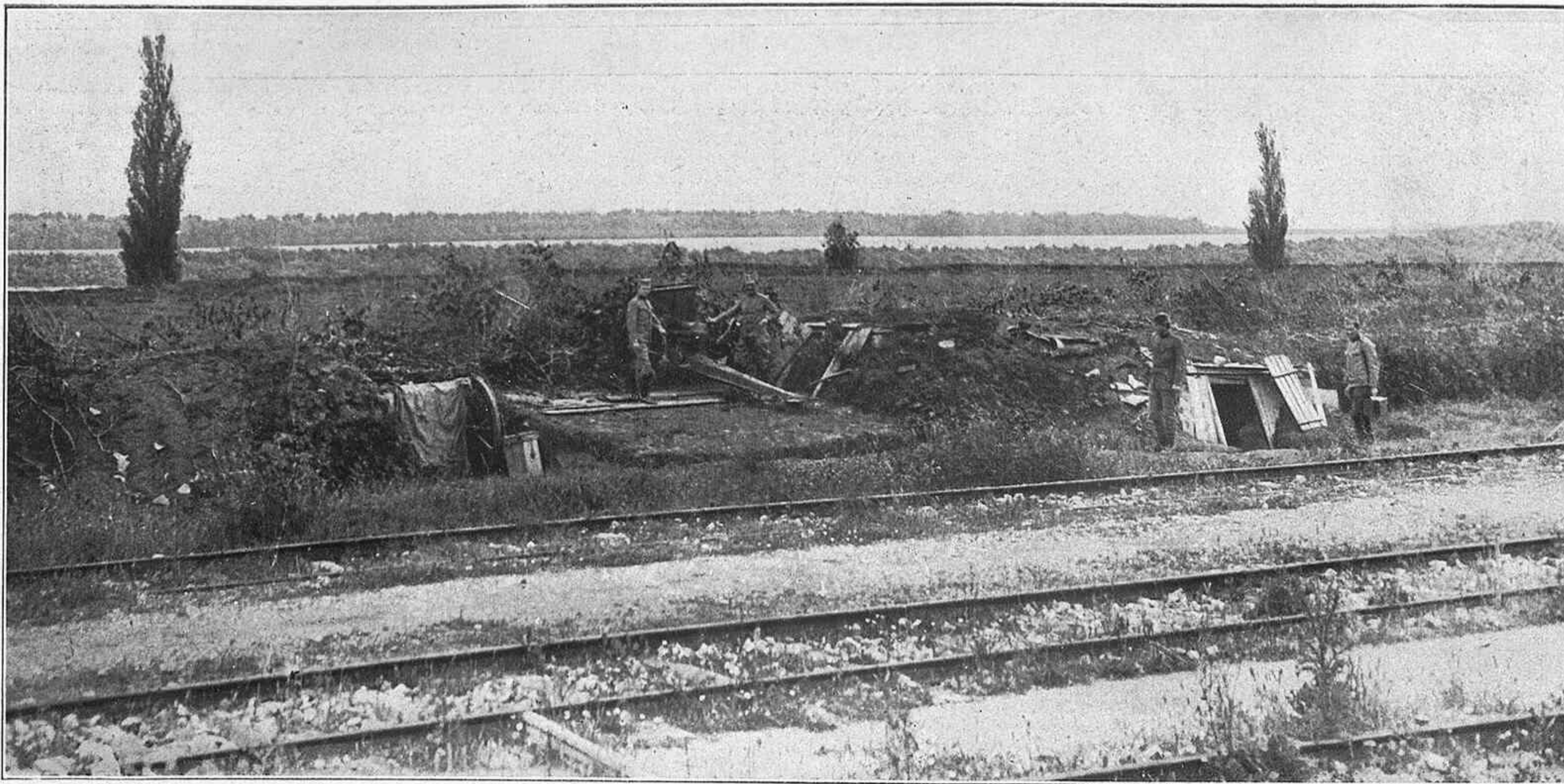
Mueble destinado a la biblioteca



Fugitivos polacos pasando por un pueblo de Polonia. - Fugitivos polacos judíos en su marcha hacia Siberia



Los italianos en el Trentino. - Carros militares pasando por una pintoresca ruta



En Servia. — Vista de la línea férrea de Salónica a Nish tomada en las cercanías de Uskub. Esta línea férrea ha sido cortada por los búlgaros. (De fotografía de Carlos Trampus.)

LA GUERRA EUROPEA

Teatro de la guerra de Occidente. — Durante los últimos ocho días, la situación ha cambiado poco en el frente franco-alemán.

Según los comunicados oficiales franceses, ha reinado grande actividad en la Champaña; los soldados de la República han rechazado en el sector de Messiges un violento ataque del enemigo que logró penetrar sin embargo en algunos trozos de sus trincheras más avanzadas, para ser desalojado de ellas en los días siguientes; han resistido nuevos ataques dirigidos con granadas de mano por los alemanes contra sus trincheras de la Courtine, y han rechazado un ataque dirigido por el ejército imperial contra sus posiciones situadas al Este de Mesnil. En el Somme y el Oise se han apoderado de un puesto avanzado alemán delante de Andechy, sosteniendo por medio de un intenso fuego de artillería el lanzamiento de granadas y de líquidos inflamables desde las trincheras alemanas; han efectuado al Norte del Aisne eficaces concentraciones del fuego de sus baterías contra las organizaciones enemigas de la región de Vingre y acantonamientos alemanes del bosque de Navron y Caunelancourt; han continuado casi sin interrupción la lucha por medio de minas entre el Argona y el Mosa; han sostenido violentos combates de trinchera a trinchera, con granadas de mano, en el bosque de Le Petre, en Chapelotte y Violu, al Norte de la colina de Bonhomme, y en la región belga de Hetzas y Boesinghe; han destruído en los Vosgos, mediante combinados fuegos de artillería, algunas trincheras y obras de defensa alemanas; han destruído en la Chapelle, con una de sus minas, algunas casamatas del enemigo, y han sostenido violentos combates de artillería en la mayor parte de las regiones del frente.

Según las notas oficiales alemanas, las tropas imperiales ocuparon al Nordeste de Le Mesnil las trincheras en que los franceses habían logrado mantenerse desde el 26 de octubre, y al Nordeste de Celles el hoyo producido por la explosión de una mina, desarrollándose luego en este sector violentos combates por medio de granadas de mano y lanzaminas; han conservado las trincheras de que se apoderaron al Norte de Massiges, y han hecho que fracasaran las tentativas francesas para reconquistar la perdida posición de Hilsenfirts.

Teatro de la guerra de Oriente. — Según los partes de origen alemán, los ejércitos teutones rechazaron cuatro asaltos rusos cerca de Illuxt, en Garbonowka, varias tentativas rusas de ataque contra las esclusas de Czaritch y de avance delante de Dunaburg; forzaron al enemigo a retirarse de nuevo en ambos lados de la carretera de Lisowo a Czartorysk; han ocupado la población de Hikalisici; han rechazado los fuertes contra-

ataques con que los rusos intentaron arrebatarles las posiciones conquistadas al Oeste de Czartorysk y todos los ataques del enemigo al Sur de Sienikowie, en la región de Sventen, al Noroeste del Cozartoros, al Norte de Komereck, al Sudoeste y al Sur de Riga, progresando al Este de Butka y arrojando a los moscovitas de sus antiguas posiciones de Strypa en que habían logrado penetrar.

Según las notas oficiales rusas, los ejércitos moscovitas han luchado con ventaja al Noroeste de Czartorysk y a orillas del Strypa, pasando a la margen de este río; han alcanzado una nueva victoria al Sudoeste de Tarnopol (Galizia); se han apoderado del pueblo de Plattnowka y de dos alturas muy bien fortificadas en la región de Dwinsk; han rechazado a los austriacos que habían logrado pasar el río de Putilorka y un fuerte ataque de los alemanes que habían ya roto el frente ruso en las inmediaciones de Sienikowie; han contenido a éstos en la región de Schloch, en la de Dwinsk, donde intentaban pasar el Dvina, al Oeste de Czartorysk, donde el enemigo había ya penetrado en la región de los bosques y cerca del pueblo de Smikovitz; han logrado avanzar algo más hacia el Oeste del lago de Akkel; han rechazado, al Sur del lago Sventen, un

realizados por los austriacos en varios puntos del frente para recuperar las posiciones perdidas.

Los austriacos, por su parte afirman haber rechazado la ofensiva de los italianos en los distintos frentes especialmente en la región del Isonzo y dicen que conservan todas sus posiciones en el Tirol y en Carintia.

En los Balcanes. — Los austroalemanes, prosiguiendo su avance en Servia, han ido apoderándose sucesivamente de Cakak, Visico, Kraljevo, Kruzevac y otras poblaciones menos importantes del valle del Morava; han forzado el paso de este río a ambos lados de Kraljevo. Los austriacos que operan en la frontera de Montenegro han tomado Troglav, que luego perdieron, y Antovac y las posiciones al Este de Grahovo; pero al Sur de Antovac hubieron de retirarse algunas divisiones atacadas por fuerzas superiores. Los búlgaros han ganado las alturas al Oeste de Bela Palanka y al Oeste de Scatina; han avanzado hacia el Nissava, han tomado la cabeza de puente de Soliig, Valakouje y Boljevac; se han apoderado de Nish, la segunda capital servia; y han llegado a Lukovo y Soko Banja, habiéndose completado así su unión con los ejércitos alemanes que avanzan de Norte a Sur.

Los serbios han derrotado a los búlgaros en el valle del Nissava y entre Prilep y Monastir. Los montenegrinos han obtenido una victoria en la batalla entablada entre Troglav y Grahovo reconquistando todas las posiciones perdidas. Los franceses han penetrado en la región de Strumitza, han derrotado a los búlgaros que los atacaron en las inmediaciones de Krivolac, han atravesado la frontera búlgara al Este de Rabrovo, tomando varias aldeas y consolidando sus posiciones; han ocupado las alturas de Rosjak y Babuna y se han extendido a lo largo del Vardar hasta Gradiska.

Guerra naval. — Cerca del estrecho de Gibraltar un submarino alemán ha echado a pique el transporte japonés *Yusukunimaru* que se dirigía a Salónica con material de guerra. En el Báltico un submarino inglés ha echado a pique el crucero alemán *Undine*, de 2.700 toneladas.

Crisis ministeriales en Francia y en Grecia.

— Habiendo presentado el Sr. Viviani la dimisión del gabinete, el presidente de la República Francesa encargó al señor Briand la formación de otro en el cual han entrado conocidas personalidades de todos los partidos desde la extrema izquierda hasta la derecha. La declaración del nuevo gobierno ha sido acogida con gran entusiasmo por ambas Cámaras.

A consecuencia de una votación contraria en la Cámara de Diputados dimitió el gabinete griego presidido por el Sr. Zaimis. El nuevo ministerio a cuyo frente se halla el Sr. Skuludis, está resuelto, según telegrama enviado por éste al embajador de Grecia en París, a mantener la neutralidad con carácter de benevolencia a la Cuádruple.



En el frente francés. — El Rey de Inglaterra felicitando a dos jefes de las tropas coloniales francesas. (De fotografía de Rol.)

ataque contra el pueblo de Platonovka; al Oeste de Rafalovka, a orillas del Sty, obligaron a los austriacos a declararse en retirada; al Norte de Novo-Alexinez emprendieron con éxito un ataque a la bayoneta contra el enemigo que se había aproximado a sus alambradas; han tomado varias trincheras alemanas al Oeste del lago de Sventen; han ocupado en Curlandia la región de Frankendorf y Pavaresern y la línea Zulayolay; han tomado este pueblo y han roto el frente alemán al Norte del río Okonka, ocupando una línea de posiciones fortificadas.

Italianos y austriacos. — Los italianos han tomado las defensas de Col di Lana, la aldea de Zagora y nuevas trincheras en la zona del Carso y han rechazado los ataques y contraataques

MUSEO DE ARTE Y ARQUEOLOGÍA DE BARCELONA, INAUGURADO EL 7 DEL ACTUAL



Acto inaugural de la Exposición del Museo de Arte y Arqueología de Barcelona. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

Con gran solemnidad y ante numerosa concurrencia, entre la que figuraban distinguidas señoras, tuvo efecto, el 7 del actual mes, en el salón llamado del Trono, el acto inaugural de las nuevas galerías de pintura y escultura de este Museo.

Ocupó la presidencia en el estrado el alcalde Sr. Martínez Domingo, quien tenía a sus lados a los Sres. Fuxá y Puig y Cadafalch, de la Junta de Museos; Gobernador civil, presidente de la Audiencia, un representante del obispo, los cónsules de Rusia y de los Estados Unidos, el director del Museo Sr. Bofarull, y representaciones de la Academia y Escuela de Bellas Artes, Universidad, Instituto, Ayuntamiento, Diputación provincial y Mancomunidad en corporación.

Abierta la sesión, el secretario del Ayuntamiento Sr. Planas y Font leyó el acta de la sesión municipal en que fué aprobada la ampliación del local del Museo. Luego el secretario de la Junta Sr. Pirozzini leyó una interesante Memoria historizando la vida de los museos barceloneses, evocando las épocas en que mayor intensidad adquirió la vida artística de la ciudad y las honorables figuras de los hombres que la propulsaron, siendo justamente aplaudido y felicitado por su notabilísima labor.

Después el señor Alcalde trazó un cuadro de la cultura catalana, haciendo grandes elogios de la obra llevada a cabo por

la Junta de Museos. El Sr. Puig y Cadafalch, en nombre del presidente de la Mancomunidad y de la Diputación, explicó lo que representa este Museo artístico y arqueológico, digno de la grandeza y cultura de Barcelona. El señor Gobernador se felicitó de que el primer acto oficial a que concurría en la capital de la provincia de su mando fuese aquél, en que resaltaba el amor patrio y la cultura de los barceloneses, y felicitó a la Junta y a la ciudad por contar entre sus instituciones culturales la del Museo de Arte y Arqueología. Por último, el Sr. Fuxá, como presidente de la Junta, declaró inauguradas las nuevas salas.

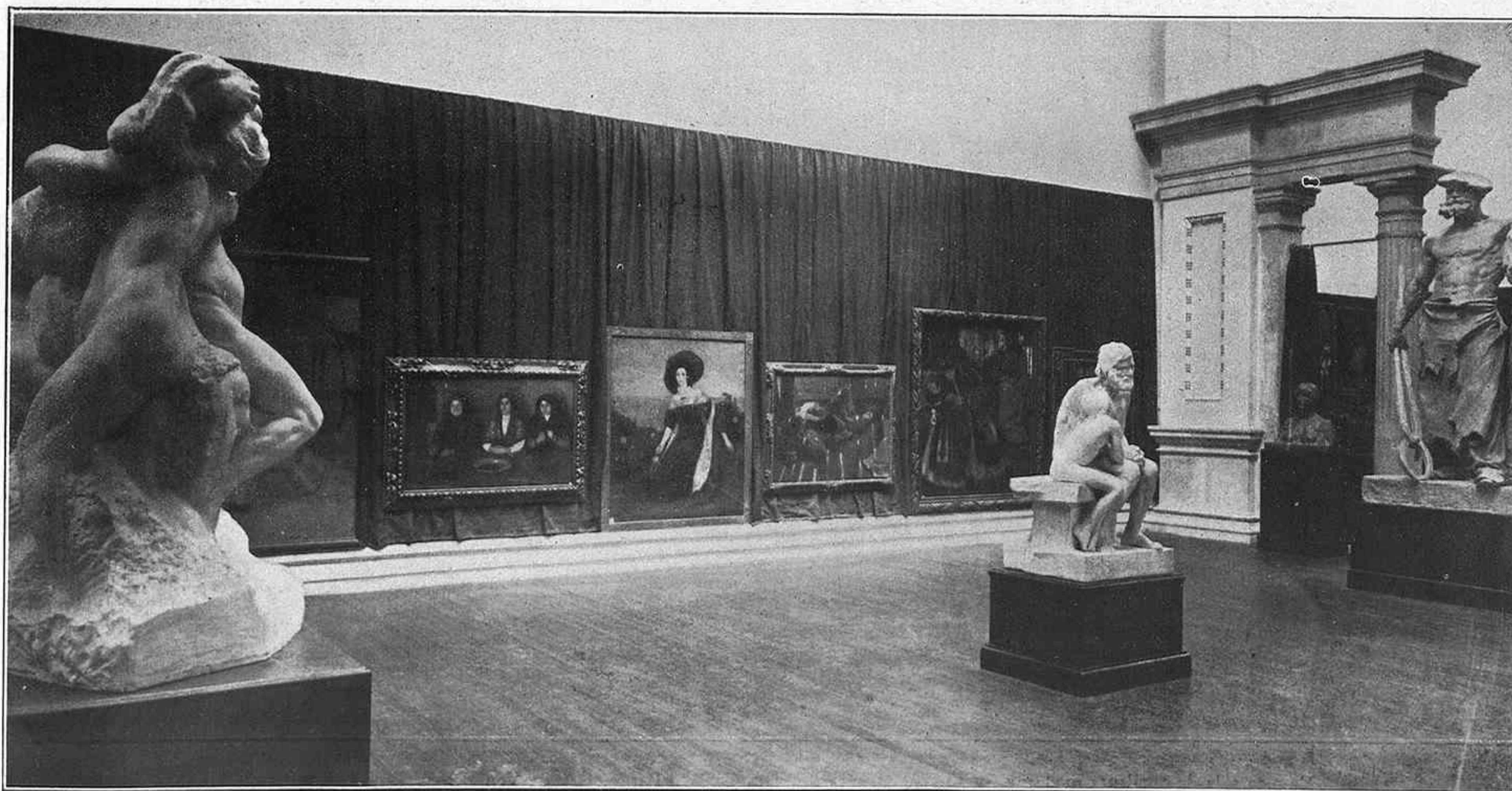
Inmediatamente después, los invitados, precedidos de los maceros de las corporaciones populares, recorrieron las salas, elogiando las nuevas instalaciones y la forma en que se hallado a efecto, mientras la banda municipal tocaba una serie de piezas en el vestíbulo.

En nuestra parte gráfica presentamos varios aspectos de las salas inauguradas, donde Barcelona empieza a tener bien alojada y dispuesta la vida espiritual de Cataluña.

En las salas de la derecha de la planta baja pueden admirarse las obras del arte ibérico, egipcio y mesopotámico, originales o reproducidas; en las de la izquierda, fragmentos archi-

tectónicos de diversas épocas y la sección histórica catalana. En los patios, distintas reproducciones y una notable sección lapidaria. En las salas del fondo y extremos laterales, la pintura y escultura por el orden siguiente: pintura y escultura románicas, las góticas, las del siglo XVI, la sala Viladomat, las pinturas españolas del Renacimiento, las italianas, las flamencas, la sala Flaugier, las pinturas de los siglos XVIII y XIX, la galería iconográfica de artistas original del pintor Casas, las pinturas de mediados del siglo XIX y las pinturas y esculturas contemporáneas españolas y extranjeras. En el ala central se hallan expuestas las reproducciones de escultura medioeval, italiana y francesa modernas.

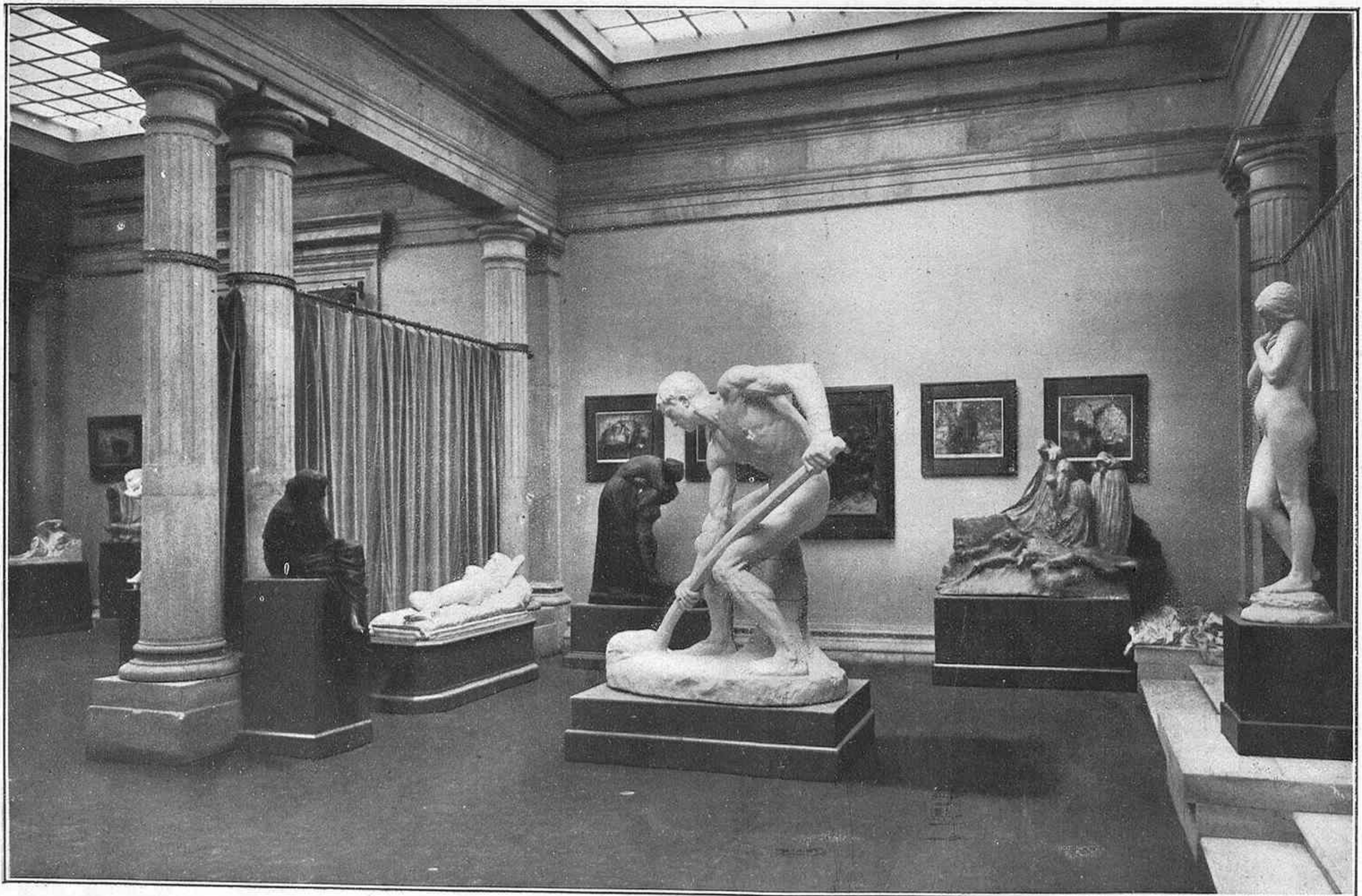
En el piso principal, la cruz que forman las galerías centrales está ocupada por la prehistoria y cerámicas greco-ibérico-romana, hispano-morisca, catalana y valenciana de los siglos XIV al XVIII, y uno de los brazos dedicado a las excavaciones de Ampurias. En las galerías de la fachada y lateral izquierda, los tejidos, sedas y bordados, damascos y puntas entre las cuales figuran notabilísimos ejemplares de la colección Pascó. En la derecha, las secciones de numismática, armas, hierros y orfebrería, y en las salas accesorias, muebles, cueros, encuadernaciones e instrumentos de música.



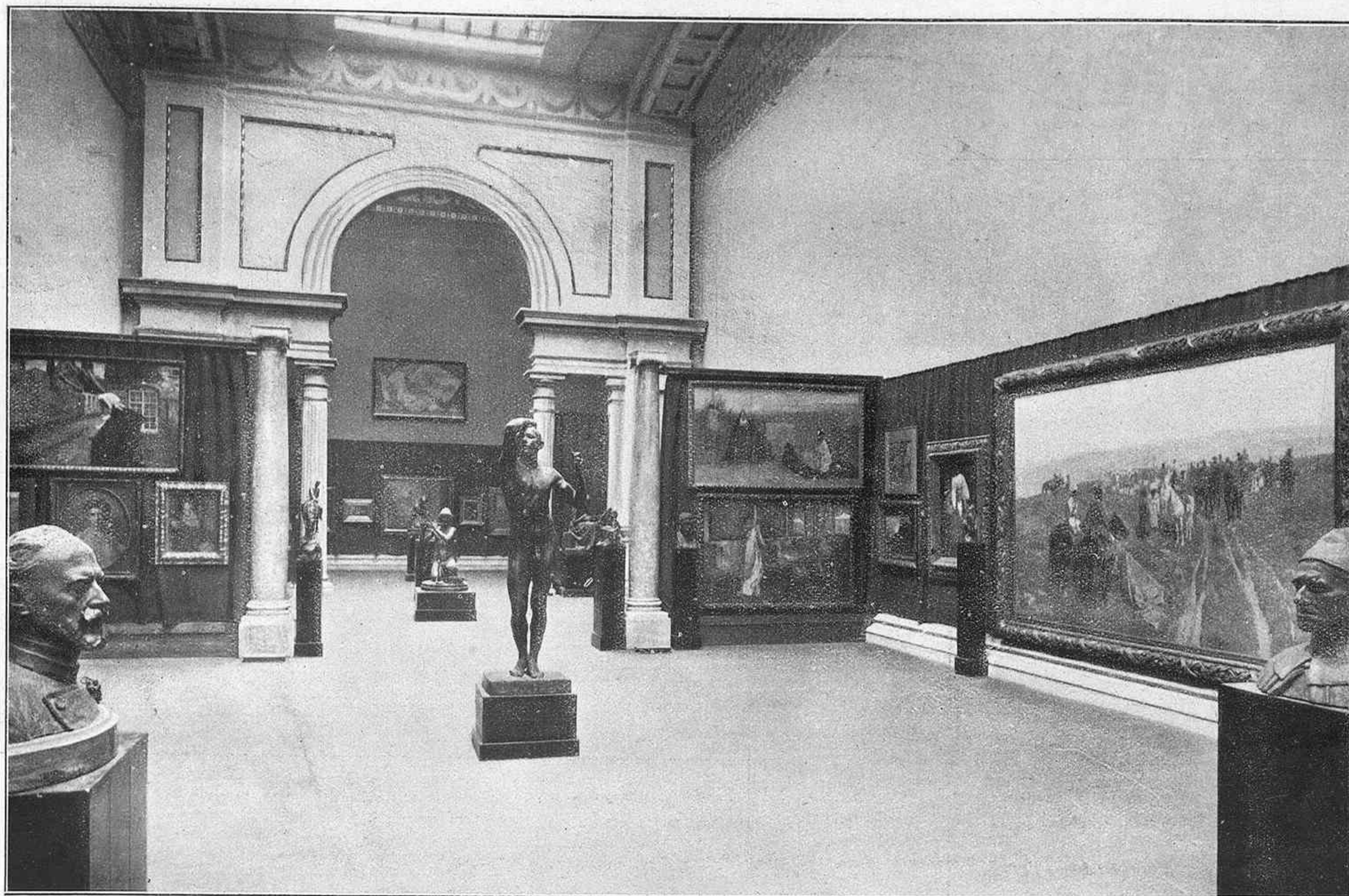
Sala de la sección de Escuelas Españolas, en que figuran cuadros de Sorolla, Zuloaga, Pradilla, Chicharro, López Mezquita, Nieto, Hermoso, etc., la celebrada escultura de Blay *Los primeros fríos*, el grupo *Los mineros*, del mismo autor, y otras esculturas de Llimona, Arnau y Clará



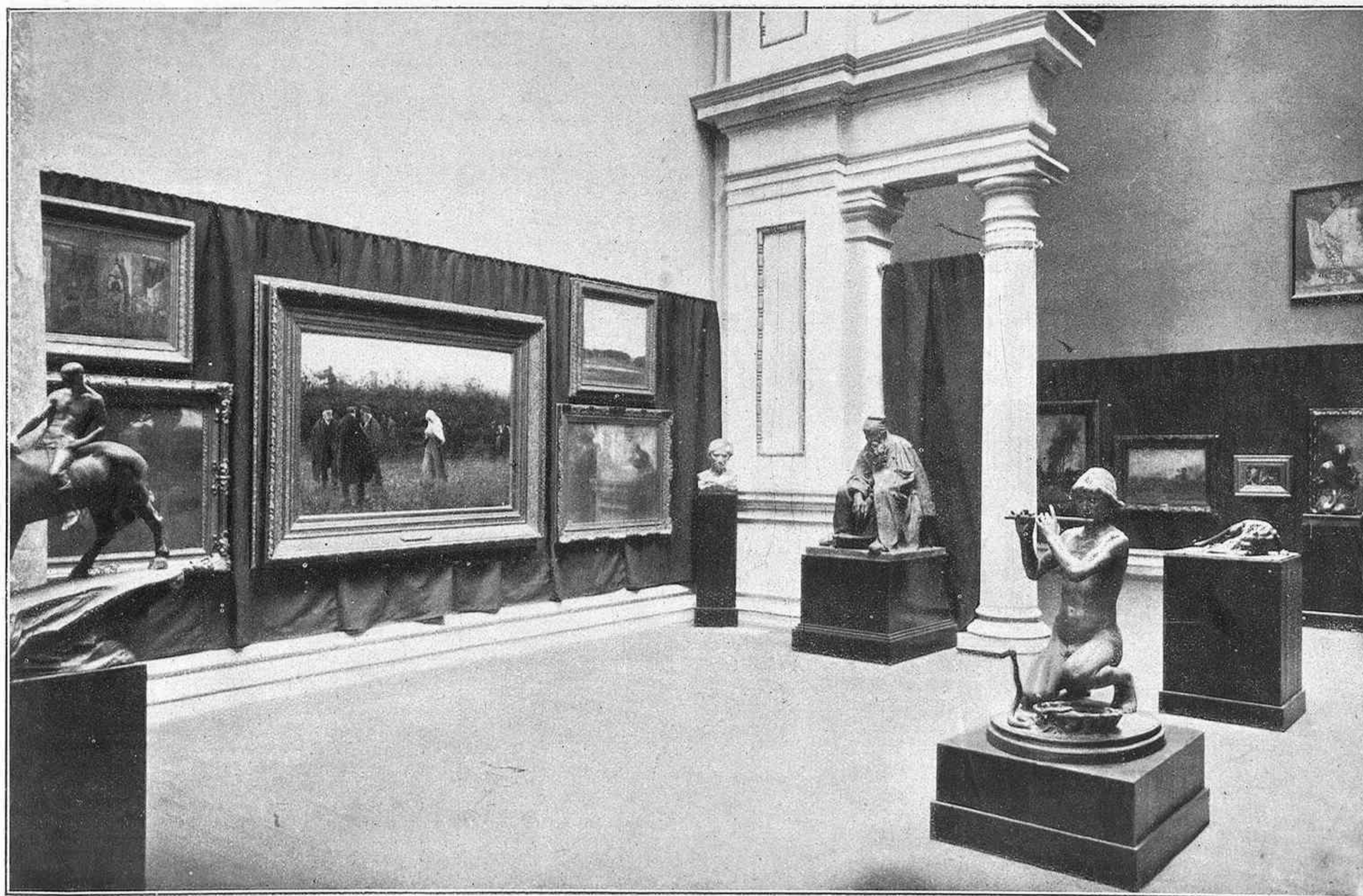
En la nave aquí reproducida y donde empieza la sección de pintura contemporánea, se encuentran cuadros de J. Mongrell, Franco, Pradilla, Hernández, Sánchez Ferrier, Hiver, Tamburini y Llimona, y esculturas de Fuxá, Montserrat, Blay, Clará y Escuder, sobresaliendo en el centro *El Dante*, de Sunyol



En esta sala de escultura moderna figuran obras de Ackerman, Bralke, Pardo, Borrás, Venancio Vallmitjana y Parera, ocupando el centro la celebrada obra de Alfredo Boucher *A la Terre*, que obtuvo medalla de Honor en uno de los Salones anuales de París



En la sala de Pintura y Escultura extranjeras, que aquí reproducimos, son dignos de señalar como más importantes los cuadros de Brangwin, Adams, Laszlo, Mela Muttermilch, Humels, Paul Rieth, Gerard Moira y otros, como igualmente las esculturas de Rodin, Meunier, Charlier y Fremiet

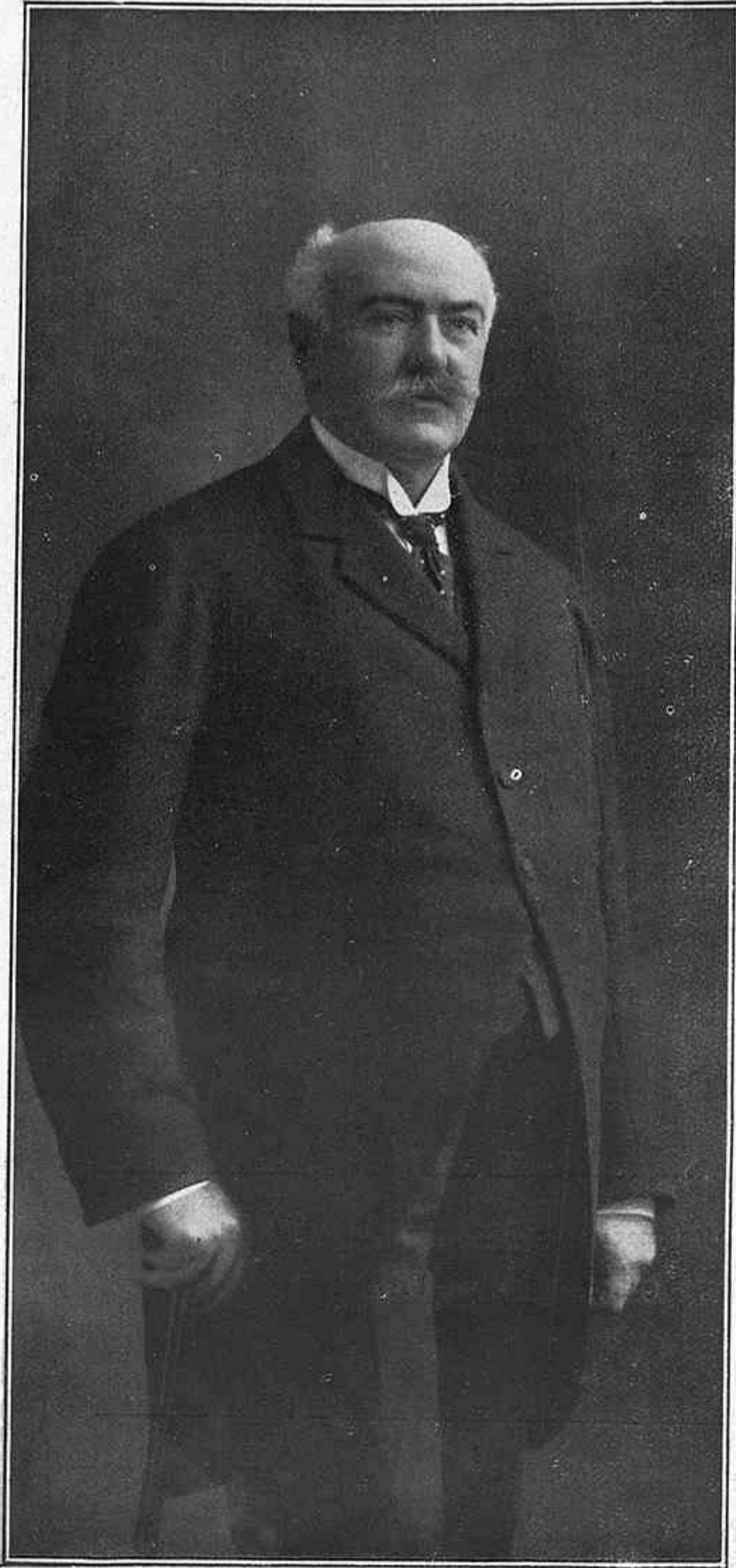


En la misma sala de Pintura y Escultura extranjeras, son también dignos de mención los cuadros de Pieters, Stanton, Backham, Aman-Jean, Dall'Occa Bianca, Vierni, Zanetti, Casciari y otros, que rodean las esculturas de Deplechin, Albert des Enfants, Apollini y Violet

EXCMO. SR. D. JUAN LUIS SANFUENTES

El nuevo Presidente de Chile, nació en Santiago en diciembre de 1858, siendo sus padres D. Salvador Sanfuentes, distinguido literato y abogado, ministro de Estado en varias situaciones y miembro de la Corte Suprema de Justicia, y Doña Matilde Andonaegui, dama de linajuda familia.

D. Juan Luis siguió la carrera de abogado, recibiendo su título en el 1879; tomó parte en la guerra de Chile contra Perú y Bolivia; fué por primera vez diputado en la legislatura



Excmo. Sr. D. Juan Luis Sanfuentes, nuevo presidente de la República de Chile. (De fotografía de Hefner, de Santiago de Chile.)

de 1888 a 1891; gran amigo y colaborador de la obra política del más grande de los presidentes chilenos, Balmaseda, cayó con éste; estuvo desterrado varios años del país, hasta que, en 1903, volvió de nuevo a la vida política, siendo elegido senador; en 1906 ocupó el cargo de Presidente del Senado.

Al ser elevado a la presidencia de la República era Consejero de Estado, director de la Caja Hipotecaria y presidente

del partido liberal democrático o balmasedista. Hombre de gran talento, acendrado civismo y de energías bien probadas, será un hábil conductor del pueblo chileno.

En su programa de Gobierno últimamente por él esbozado,

mos contrarios políticos en que por la entereza de su carácter se destaca entre los hombres de su generación.

Llega al ministerio en época de aparente calma; con ser los problemas educativos de los que más interesan a los pueblos,



Dr. D. Carlos Saavedra Lamas, nuevo ministro de Instrucción Pública de la República Argentina (De fotografía.)

entra por mucho el entonar la moneda chilena, la creación de la marina mercante, la actividad en las obras públicas, la reforma del código de Justicia y cuanto propenda al mejoramiento de las condiciones de vida en Chile.

Hacemos sinceros votos por la prosperidad y felicidad de Chile durante el nuevo período presidencial, que desempeñará un chileno tan ilustre y distinguido.

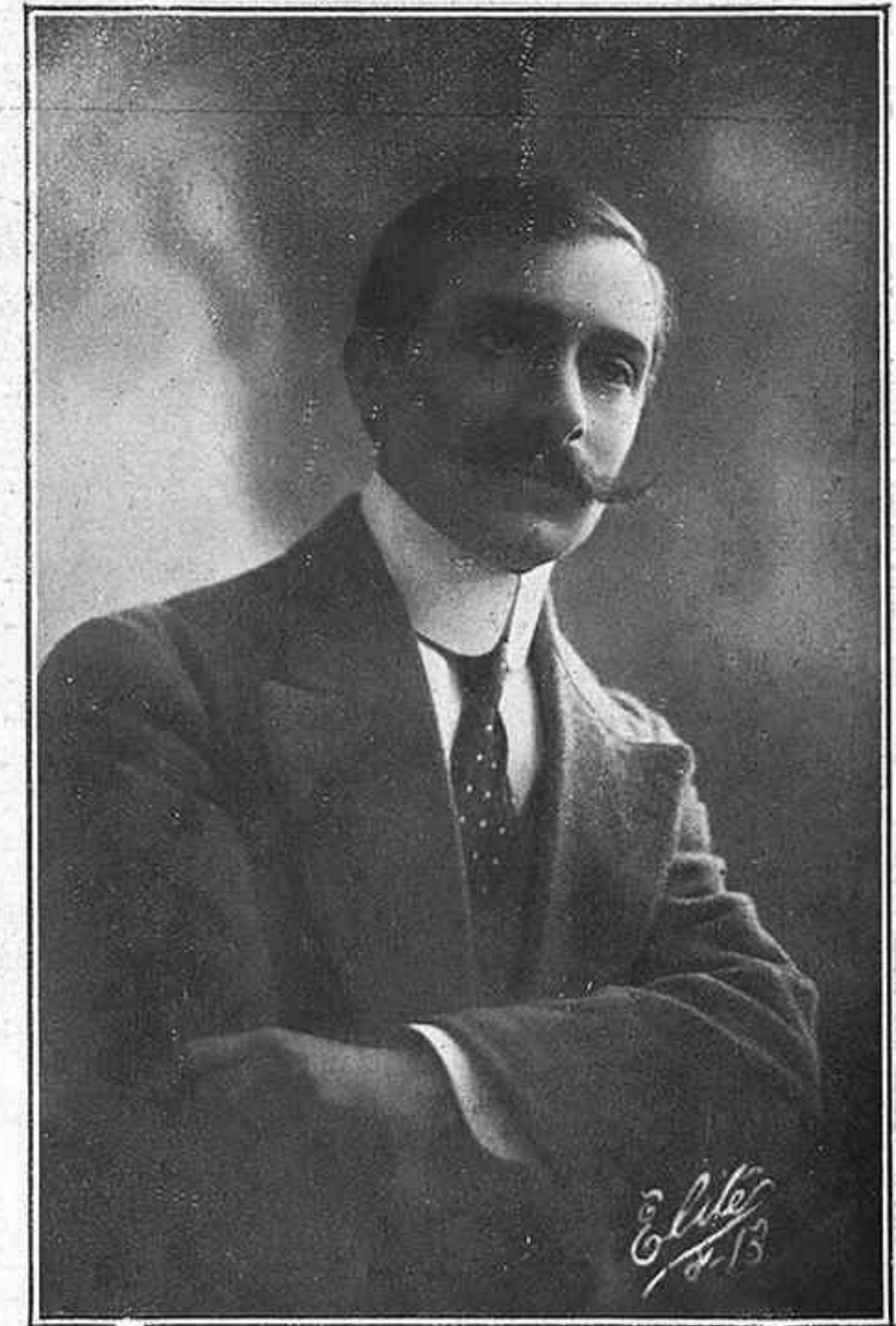
fueron, las más de las veces, o no planteados con claridad o resueltos con sobrada rapidez. Siendo esto, por desgracia, verdad, ya puede adivinarse cuánto se espera de un ministro joven, expeditivo, animado de sanas intenciones, sin temor a probables censuras contra reformas que, siendo beneficiosas, desarraiguen rutinarias costumbres.

**REPÚBLICA ARGENTINA
INSTRUCCION PÚBLICA**

Cuando faltaba poco más de un año para la terminación del mandato presidencial, y, por consiguiente, del cambio de secretarios de Estado, una crisis parcial de Gabinete ha llevado al ministerio de Instrucción pública a un político, si de años mozos, de ilustre abolengo y de carácter ya netamente definido, el Dr. Carlos Saavedra Lamas.

Biznieto de D. Cornelio Saavedra, presidente de la primera Junta de Gobierno del año 1810, y nieto por parte de madre del inolvidable Dr. D. Andrés Lamas, alma del sitio grande de Montevideo, joven, pues no alcanza aún los 40 años, al ministerio llega por sus propios méritos.

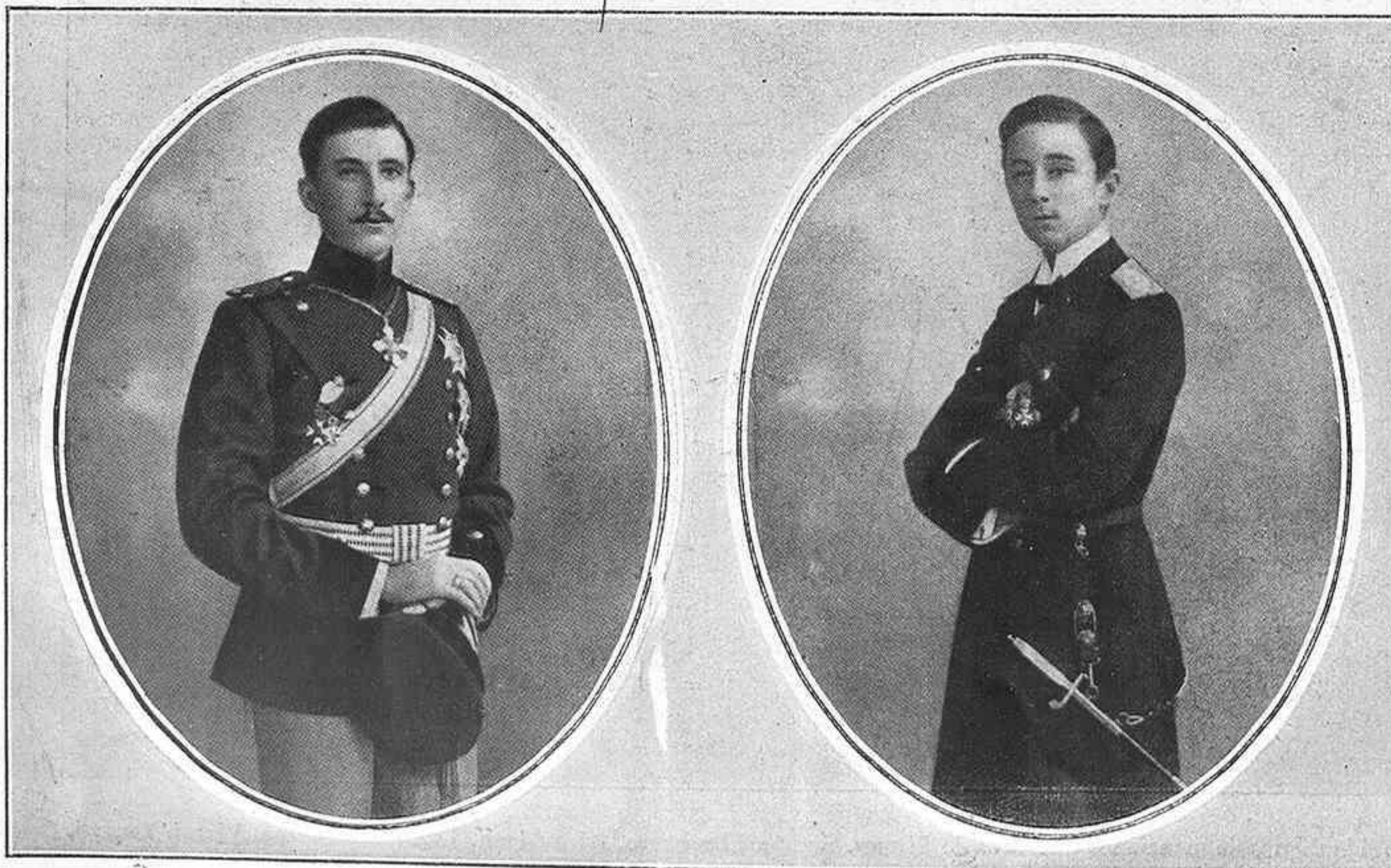
Abogado, medalla de oro en la Facultad de Derecho, secretario más tarde de la Intendencia Municipal, catedrático de Política Económica en la Universidad, diputado después, y ya en la Cámara baja, presidente de la Comisión del Presupuesto, fué perfilándose su personalidad, conviniendo aun sus mis-



Dr. D. Horacio C. Rivarola, nuevo subsecretario de Instrucción Pública de la República Argentina. (De fotografía.)

No bien tomó posesión de la cartera, nombró subsecretario a otro abogado joven, el Dr. Horacio C. Rivarola, catedrático de las Universidades de La Plata y Buenos Aires. Hijo del célebre juriconsulto D. Rodolfo, al ministerio va dispuesto a secundar los planes regeneradores de su jefe y amigo; y como a su propio talento puede el novel subsecretario agregar su propia experiencia en asuntos educativos, no es difícil predecir que ha de ser activo y eficaz cooperador en la obra de reorganización que se propone emprender el Dr. Saavedra.

R. MONNER SANS.



El príncipe heredero Boris de Bulgaria
Nació en Sofía en 18 de enero de 1893

El príncipe Cirilo de Bulgaria
Nació en Sofía en 5 de noviembre de 1896. (De fotografías.)

Rectificación. - En el número último publicamos dos apuntes titulados *El primer disgusto*, que por error de copia atribuímos a Urgellés, siendo así que son originales de Modesto Urgell.



... que la había traído dentro de la cesta de la compra...

¿MAS FUERTE QUE EL AMOR?

NOVELA ESCRITA EN ITALIANO POR SALVADOR FARINA, CUYA PROPIEDAD TIENE ADQUIRIDA ESTA CASA

¿Qué decía? Rampichini no había pensado nunca tal cosa; más bien la gente maliciosa, que no falta, había podido sospechar de otro...; pero de Inocencio ¡quién! ni soñarlo.

¿De otro?.. Seguramente, de otro; y, en verdad, casi estaba en el derecho de sospecharlo viendo que una casa de segundo orden doblaba el sueldo de un empleado... para que no acabase mal... La casa Silioli, que es rica, y hasta generosa, como es sabido, no podía llegar a ese punto...

Inocencio adivinó la ofensa que aquella momia hacía a su casa; la entendió confusamente, pero vió

muy pronto que era una afrenta y que iba dirigida a su Serafín, a su hija y quizás al marido de Juana. Perdió la calma, cogió a Rampichini por un brazo y sin decir una palabra lo sacó a la calle, donde le administró una tremenda bofetada.

Rampichini, una vez libre, quiso huir gritando:

— Me la pagará.

Inocencio lo alcanzó otra vez con un puntapié.

— También pagaré éste.

En la calle, desierta a tales horas, se habían detenido sin embargo dos muchachos, que parecían admirar a aquel hombre fuerte que tan inteligente uso

hacía de sus extremidades; pero Inocencio ni siquiera los vió, y regresó a su casa turbado y contento.

En el camino se había propuesto no decir una palabra de la escena a Serafín ni a Juana, pero cuando estuvo en la oficina, al lado de aquel hombre generoso que, no contento con haberle salvado del suicidio, había borrado poco a poco toda la miseria y desolación de su atribulada existencia, no supo contenerse y lo contó todo.

La relación no pareció turbar un poco a Serafín hasta lo último, cuando Inocencio alzó la mano contra la descolorida cara de Rampichini, como si la tu-

viera delante; al puntapié, se rió mucho, y después se turbó de nuevo.

— No quisiera que te acarreas algún disgusto, dijo; hoy no se oye hablar más que de duelos; el otro día, hasta dos alumnos del Instituto faltaron a clase para ir sobre el terreno...

— Está tranquilo; los hombres como ése no se baten; más bien podría querellarse por la bofetada y el puntapié...; pero yo... explicaría a los jueces la provocación, y tú lo citarías ante el tribunal correccional por difamación... Por consiguiente, ya ves que el Sr. Rampichini no hará nada.

— Es verdad, murmuraba Serafín Giunti, sin parecer persuadido; es verdad... yo podría querellarme por difamación... porque... porque es muy triste lo que me atribuye... ése... Hasta a ti te ha parecido una cosa tristísima...

Diciendo estas palabras inconexas, Serafín Giunti miraba de hito a su yerno como para leer su pensamiento.

— A mí me ha parecido simplemente una infamia... Pero, por caridad, no hagas caso; no faltaría más que un escándalo público... Los hombres honrados siempre tienen algo que perder en los tribunales, que muchas veces prestan el servicio de lavar los andrajos a los bribones...

— Es verdad, admitía Serafín, pero seguía pensando. — Además, la querrela no tendría fundamento si ese tunante afirmase que no había dicho nada; no hay testigos, y los hombres como ése, por no pagar, niegan y se desdican tres veces.

Serafín pareció vacilar todavía un momento, y después se decidió a reirse.

— ¿Y tú no sospechas la razón de esa malignidad? — ¿La razón?

— No puedes adivinarla porque no te he dicho nunca que el Sr. Rampichini era un aspirante a la mano de Angélica...

— ¿Es posible? — Sí; se había hecho presentar en la casa; con frecuencia tropecé allí con él... Según lo poco que sé, él parecía haberse propuesto contrariarte... Quizá le sucedió lo que a los demás, lo que a mí mismo, que...

— ¿Que te enamoraste?... Por caridad, no hagas tal cosa...

Inocencio había dejado escapar aquellas palabras, y se arrepentía de haberlas dicho; pero Serafín, sonriendo con melancolía, añadió:

— ¿Tengo aún tiempo? No, porque me caso con ella, y, una vez casado, la querré, la querré mucho, la querré quizá demasiado.

Pero el veneno de Rampichini, insinuado con una palabra, produjo su efecto en Inocencio; aunque le había aplicado el remedio de la bofetada y del puntapié y podía imaginarse haberlo vencido, aquel veneno reaccionó por la noche.

Mientras su buena compañera se hallaba quizás en el paraíso soñando con su hijo, él, en el silencio de la noche y presa de insomnio, permanecía con los ojos abiertos mirando las tinieblas.

Podía encender la lámpara para apartar las ideas sombrías, que cruzaban en procesión por su cerebro debilitado por la fatiga del pensamiento; pero quería permanecer en la obscuridad.

Así es que la negra procesión seguía pasando; cada fantasma era un aspecto diverso de la misma idea salida del infierno para su condenación.

La generosidad que lo había salvado de la fea muerte del suicida, ¿era posible que no fuese más que una comedia infame?

Cada vez que se hacía esta pregunta, Inocencio contestaba que no con toda la fuerza de su voluntad.

El padre de su Juana, ¿sería por ventura un ladrón, que no sabe gozar de lo robado sin haber acallado antes los escrúpulos de su conciencia?

No, no, no.

Pero el obtenerse no es ser fuerte, y en la negación más tenaz, a veces la duda se afianza mejor.

Inocencio pensó imponerse a su propio pensamiento.

«No tengo derecho, se decía a sí mismo, a investigar los actos de un hombre honrado, a quien me une la gratitud. Si por desgracia el veneno de Rampichini se pareciese a la verdad, mi deber está en no quererlo saber.»

Mientras tanto desfilaban uno tras otro por su mente todos los días pasados al lado de aquel hombre, que siempre se le había mostrado presa de una alegría nerviosa, que desde el primer día lo había invitado a comer y cenar en su casa, que habiéndose metido en la cabeza la idea de arreglar su boda desbaratada, al ver que esto no era posible, le ofreció a su hija, y ahora quizá se imaginaba hacer otra expiación dando su propio nombre a la desgraciada Angélica.

No, no, no.

Pero sí; el mundo está lleno de gente que no sabe ser bien ladrona, ni verdaderamente honrada; para esos semicaballeros, hay una semijusticia, cuyas sentencias absurdas son en su mayoría condenas a breves remordimientos, o a absoluciones... con circunstancias atenuantes.

Cuando al fin Inocencio pudo dormirse, no encontró la paz; pero los fantasmas del sueño eran malos; tenían aún en los labios la mueca irónica, se lamentaban a gritos del bofetón y del puntapié, pero de lejos; a él no le tocaban ni siquiera con un dedo, y no herían el alma generosa de Serafín Giunti.

Al despertar, por la mañana, bastante tarde, Inocencio encontró vueltos hacia su almohada los bellos ojos de Juana, la cual en seguida le dió un beso.

Todos los fantasmas nocturnos habían huído por la ventana abierta al sol.

Sin embargo, aquel triste pensamiento no le abandonaba todavía, ni aquel día ni después, mientras duraron los preparativos de la boda de Serafín con Angélica.

Dos días antes del matrimonio, Inocencio fué a visitar a la futura madrastra de su mujer, y Angélica, llorando al decirle *gracias* y nada más, le mostró una carita desolada, toda ojos, hermosa todavía; pasado el momento temible del primer encuentro, enjugadas las lágrimas, encontrada una gentil sonrisa para estrechar la mano que se le ofrecía en silencio, Angélica mostró otra carita petulante, de mujercita segura de ganar su batalla.

Y esta otra carita también era muy mona.

Entre los antiguos novios se habló gravemente del tiempo estupendo que amenazaba lluvia; después Angélica hizo recaer la conversación sobre Juana y sobre el hijo futuro, e Inocencio ponderó la generosidad de Serafín.

Ni una palabra de su amor difunto; ni pena ni piedad ni befa; tuvieron por instinto el respeto de un sentimiento que había tenido mal fin.

Al separarse, después del coloquio, se mostraban ambos más desenvueltos, y como contentos de una victoria ganada sobre sí mismos.

Dos días después, Angélica era la señora de Giunti y partió en compañía de Serafín, el cual, haciendo su viaje de boda por Alemania, sabía que no perdía el tiempo, pues aprovecharía la ocasión para visitar a sus corresponsales de Hamburgo y de Bremen.

Apenas solo en la oficina, Inocencio quiso ver si en los viejos registros aparecía alguna huella de la infamia del hombre generoso que le había dado el acomodo, la felicidad y hasta la vida.

Y le pareció ser el hombre más vil de la tierra la noche en que, engañando a su mujer con un pretexto, se introdujo a escondidas en el despacho de Serafín Giunti y a la luz de una lámpara interrogó con miedo los balances de los años anteriores.

Aquellos balances estaban mal hechos, bien que toda la administración era pésima, y tenía razón el principal al atribuirle la escasez de beneficios; pero beneficios no faltaban; y hasta en el año fatal para el cajero de la casa Silioli el balance se cerraba con ventaja sobre los años anteriores.

Sólo después que se hubo asegurado con Inocencio el trabajo de un colaborador capaz, Serafín se había decidido a hacer en caja una nueva entrega de treinta mil liras en cuenta corriente para reanimar la máquina, como él decía.

Desde entonces, las cosas habían marchado a las mil maravillas, y seguramente no tardaría el día en que, a la clausura de un balance, Serafín Giunti podría decir al *socio* que, no teniendo ya necesidad de él, tomase su parte y se fuese por su lado.

Este examen terrible disipó todos los escrúpulos de Inocencio; corrió a casa transfigurado por la alegría y con unos deseos vivísimos de confiar a su buena compañera todo lo que le ocurría, de escribir a Serafín para pedirle perdón por sus sospechas, y de dar otra bofetada y otro puntapié a Rampichini.

Y hubieran sido otras tantas tonterías, hechas en nombre de la justicia.

Afortunadamente Juana no se encontraba bien y la excesiva alegría del marido se calmó de repente con la manzanilla que aconsejó e hizo tomar a su mujer.

Un día, mientras Angélica viajaba aún por el extranjero para hacer el aprendizaje del matrimonio, el viejo zorro de su padre, para sacudir su aburrimiento, visitó a Inocencio en su despacho. Al menos fué franco.

— Me aburro soberanamente, confesó; mi hija me era muy necesaria, porque sin ella no sé cómo matar el tiempo. Don Inocencio, ¿no necesita usted por casualidad un inválido para repasar registros an-

tiguos, para dar alguna vuelta por la fábrica, para escribir sobres con hermosa letra cursiva? Yo sería el hombre a propósito.

¿Qué contestar?

— Siéntese, si gusta.

— Con mil amores; pero no quisiera ser simplemente un embarazo; me gustaría ser de alguna utilidad; *gratis*, se entiende.

— Procuraré satisfacerlo.

— Mil gracias.

Cuando el viejo aburrido hubo conquistado el derecho de fastidiar en el despacho a quien trabajaba de veras, no abusó de él; solamente, cada día, después de su paseo, iba a sentarse en una mesita y pedía por caridad que le diesen algo que hacer.

Un empleado, compadecido, le daba algunas notas que tomar, y él escribía tranquilamente, dirigiendo de vez en cuando una mirada al cajero, que generalmente no se fijaba en él.

Sin embargo, a veces Inocencio reparaba en aquel trabajo, y acercándose por detrás al nuevo empleado, le estimulaba riendo.

— ¡Bravisimo!, le decía; siga usted así, y dentro de unos cuantos años le aumentaremos el sueldo.

Sucedía a menudo que a la hora de cerrar la fábrica el zorro viejo aun no se había marchado; entonces Inocencio tenía que cargar con su compañía hasta su casa.

— Angélica me ha escrito, dijo una vez; ahora se encuentran en Berlín; de allí continuarán por Hamburgo y Lübeck, y después por Bremen y Hanóver, para regresar por Francia.

Inocencio sabía todo esto porque Serafín Giunti escribía diariamente a su hija; como de costumbre; se lo dijo rápidamente para evitar conversación sobre este tema; pero una vez, viendo la insistencia del viejo en entrar en el argumento de la boda de su hija, se vió obligado a añadir:

— Sé que están muy buenos y sé que están contentos uno de otra...

— Sí, el uno de la otra.

Era la verdad; Serafín Giunti, que hablando o escribiendo tenía siempre la prepotente necesidad de abrir su corazón, había escrito que Angélica era una buena persona, y que él, como había temido, la quería con toda el alma a los pocos días de matrimonio.

— Sí, el uno de la otra, repitió el viejo; pero Angélica, la pobre, se había metido a otro en la cabeza.

Si Inocencio hubiese obedecido a su propio sentimiento, hubiera contestado en alta voz con estas palabras:

«¡Pedazo de burro!»

Lo dijo para sí, y como el otro no le oyó, siguió diciendo:

— Sí, porque, oiga, don Inocencio, usted no debe creer a esa gente dura de corazón que ha pensado: Angélica podía casarse con el conde Sergi; con el señor Motella, agente de cambio; con el sedero...

— ¡Con el Sr. Rampichini!..

— También con éste y con otros; pero prefirió esperar a usted...

— ¿A mí?

— ¡Sí, señor, a usted! Habíamos sabido en seguida que sus cosas se habían arreglado; nos lo había dicho mi yerno; le esperábamos de día en día, y en vez de volver se casó usted con otra, y mi hija se quedó sola llorando y hablando de hacerse monja.

— ¡Ah! ¡Calle usted, calle! ¿Qué miserables cosas me está diciendo?

— Cosas ciertas. Mi hija no tuvo el valor de casarse para vivir pobre como las ratas; toda su falta está en esto; la prudencia... de su padre fué en ella más fuerte que el amor; pero en usted, permítame que se lo diga, pudo más que el amor el amor propio.

Durante un trozo de camino, no volvieron a hablar; pero seguramente el viejo no había vaciado su saco y quiso añadir algo.

Inocencio le interrumpió suavemente, pero con acento firme:

— No tiene usted necesidad de hacer semejantes declaraciones en tal estado de cosas; su hija comprendió muy bien que era necesario callar. ¡Lástima que usted no haya hecho otro tanto!

El viejo se encogió de hombros.

— Hace mucho tiempo que yo tenía estas cosas atravesadas en la garganta; ahora que las he dicho, me parece que ya no me hacen daño; y se las he dicho para que usted pueda estrecharme la mano como hacía antes, sin repugnancia; tuve que obrar así porque era padre; cuando usted sea padre, si se encuentra en igual caso, hará lo mismo. Por lo demás, no podemos quejarnos de la suerte; usted tiene una mujercita buena y linda; Angélica tiene un

marido un poco pasado, pero generoso... Usted me deja fingir que haga algo en la fábrica... Todos somos felices...

Inocencio caminaba con la vista fija en el horizonte; de pronto se detuvo:

— ¿El Sr. Rampichini le habló a usted alguna vez de mi principal?

— Sí, algo me dijo...; pero yo, la verdad, no lo creí.

— Se atrevió a decirme lo mismo, pero se lo hice tragar...

— ¿De qué manera?

— Así... y así.

La carcajada del viejo llenó la calle, al extremo de hacer volver la cabeza a los transeúntes.

Inocencio quiso sugerirle que las maliciosas habladurías eran una simple calumnia, y demostrarlo con el examen de los registros; pero debió desistir pensando que esto al viejo le importaba poco.

Pero ¿cómo estaba Inocencio tan enamorado de la justicia, si todos los demás hacían tan poco caso de ella?

Después de separarse a la puerta de la casa, el joven marido no subió la escalera saltando los peldaños para llegar más pronto al lado de Juana; pero, cuando estuvo cerca de ella, sintió una invencible necesidad de cubrirle de besos las mejillas, la frente y los ojos, de decirle que la amaba con toda el alma, tanto miedo había tenido de ser injusto de pensamiento.

— ¿Qué quiere decir esto?, preguntó ingenuamente Juana.

— Quiere decir que te quiero comer a besos.

Pero mientras contestaba así, y más tarde, durante toda la velada, él mismo se hacía la misma pregunta:

— ¿Qué quiere decir esto?

XIV

El viaje de boda duró menos de lo que se creía, porque Angélica declaró un día que el cambiar continuamente de hotel le producía una tristeza indecible, y Serafín Giunti, a quien parecía mentira el volver tan pronto a casa, se dió tanta prisa que veinte días después estaba en Milán.

Inocencio, después de haber dado una mirada extraordinariamente severa a la hermosura refloreceda de la recién casada, con el pretexto de recoger el equipaje en la estación, se alegró de dejar que fueran a casa, Angélica del brazo de su viejo papá, y Serafín agarrado a su hija.

Después de haber encaminado el equipaje a casa de su suegro, Inocencio, bien dispuesto a todo, fué en busca de Serafín y le besó con insólita expansión en la cara mofletuda, y estrechó luego la mano a Angélica.

El ojo que había llorado por el antiguo amor, dijo una sola palabra, que debía ser un pacto:

«Respetémonos.»

Después de lo cual, Inocencio se volvió a las ocupaciones de la fábrica, volvió a consagrarse a su Juana, con la atenta bondad de antes, con la ternura acrecentada por la gran promesa de un hijo y por la vaga amenaza de un sentimiento desleal.

A fin de no dejarse prender en una red preparada por su propia imaginación, desde el primer día miró de frente a Angélica, ya de otro, y se prometió mostrarse siempre así, no ya indiferente, sino fuerte, leal y justo.

— ¿En qué piensas cuando me miras?, preguntó la antigua amada, que había adoptado en seguida el tono confidencial y el *tú* de madrastra.

— Pienso que eres más buena de lo que yo creía y pienso que serás una buena esposa, una digna compañera de ese hombre tan generoso; esto es todo lo que pienso. ¿No he leído bien en tu alma?

— ¡Ya lo creo!

Esta conversación, hecha con un tono indiferente, podía tentar a un desgraciado a quien le hubiese gustado jugar con fuego medio extinguido, para reavivarlo sin quemarse; pero para Inocencio esta contestación equivalió a la palabra que se lee en la última página de toda novela, buena o mala:

«Fin.»

Inocencio, nuevo todavía en las indagaciones del corazón, observó en seguida que los más firmes propósitos de la conciencia, en los momentos escabrosos de la vida los hace más difíciles la imaginación, que en seguida arma de todas armas un propósito contrario.

No pensar en Angélica, todavía enamorada de él, según le había dado a comprender su anciano padre; no pensar en Angélica, que en el matrimonio recobraba casi todas las gracias de la adolescencia,

añadiendo otras propias de la mujer de otro; no pensar en Angélica que reflorece a sus ojos al extremo de parecerle aún su novia, era tanto más difícil cuanto que él quería a toda costa mantenerse indiferente.

Y fué inútil meterse en casa, por las noches, con su cara Juana; con frecuencia la fantasía dejaba a su compañera desmejorada por la maternidad para bajar al primer piso a contemplar, en un rostro melancólico y reflorescente, las ruinas de su primer amor.

Hasta quiso combatir con las mismas armas de su adversario, diciendo para sí que Angélica no existía, que la esposa de su principal y suegro era otra; pero hasta la imaginación rechaza las ideas enteramente falsas, pretendiendo siempre al menos una parte de verdad.

Había algo peor; la alegre Juana, su buena y consoladora compañera, estaba celosa; aun reía con frecuencia, pero, cuando era presa de las melancolías de enferma de amor, clavaba la vista lacrimosa en el fondo del alma de su marido, y leía en ella cosas miserables, demasiado ciertas.

— Ahora Angélica es más guapa que yo; sí, es más guapa que yo; yo me vuelvo toda piel y huesos; lo veo muy bien.

— No es verdad.

— Sí que es verdad; hasta mis labios se agrietan porque se han secado; en cambio Angélica...

— No me hables de ella...

— Te hablo porque todavía la quieres; no me digas que no...

— No, no y no.

Y era verdad, porque Inocencio estaba seguro de no amar más que a su Juana; hasta ahora, la mujer de Serafín Giunti le inspiraba compasión y desprecio, y si el pensamiento se ocupaba secretamente en ella, era sólo para la legítima defensa de hombre honrado y de marido leal.

¡Ah! ¿Por qué Juana, que sabía sondearle el corazón, no descubría en seguida aquel propósito santo y no se proponía ayudarle en silencio, en vez de instigarlo contra el pasado?

Al contrario, en los ímpetus de su manía celosa, Juana le decía con temblorosa voz:

— ¡Quién sabe lo mucho que la amabas! ¡Cuántos besos le darías cuando erais novios! La llamarías *prenda*, como me llamas a mí... No quiero que vuelvas a llamarme *prenda*; no quiero.

Inocencio trataba en vano de sonreír para aplacarla; pero a veces sonreía aún, cuando el pensamiento transportado a aquella época estaba ya distante de su mujer.

Entonces ésta prorrumpía en desesperado llanto, él truncaba la falsa sonrisa para besarla en los ojos lacrimosos, hasta que, calmada por las caricias, con un gracioso gesto de niña mimada, le decía:

— ¡Monstruo!

Estaba hecha la paz; pero duraba poco.

Juana, por instinto de mujer celosa, había procurado granjearse la amistad de su madrastra, para tener en ella una aliada contra su marido, e Inocencio la alentaba en esta empresa, pareciéndole que cuanto mayor fuese la intimidad entre las dos mujeres, más se despegaría del tiempo pasado.

Hasta hubiera querido desafiar abiertamente la imagen resucitada, yendo con más frecuencia a casa de Serafín a pasar la velada al lado de su mujer. Estaba seguro de que una franqueza de pocos días hubiese hecho desvanecer al fantasma.

Pero Juana, que pasaba muchas horas del día con su amiga, mientras los dos maridos se hallaban en la fábrica, quería a su esposo para sí durante las veladas, en casa, o de paseo, porque el médico le había aconsejado un poco de movimiento.

Serafín Giunti no reparaba en nada; pareciéndole mentira que fuese para toda la vida el compañero privilegiado de aquella encantadora mujer, lo iba repitiendo ingenuamente a Inocencio, a su hija, y hasta al famoso *socio*. El cual, como tenía por misión en la tierra, no había dejado de asediar un poco la bella fortaleza, sin obtener nada por ahora; pero esperando mucho para más adelante.

Su calidad de socio le autorizaba a hacer frecuentes y largas visitas, y aprovechaba esta circunstancia sin indiscreción a fin de no inspirar recelos al marido; pero manifestando abiertamente sus sentimientos a la mujer con todas las interjecciones y suspiros de rúbrica.

La red estaba preparada desde hacía tiempo, cuando Inocencio vió las miradas fatales de él, las breves respuestas de ella, indiferentes todavía; pero ya muy indulgentes.

Fué para aquel hombre leal una pena que no creía merecer, el darse cuenta de que estaba celoso, realmente celoso de otro hombre.

Contaminar con el deseo y quizás con la esperanza, el ideal renacido, él lo había considerado como una cosa infame; y en cambio al otro le había parecido natural y necesaria.

Estar viendo allí el armadijo desleal y no poder gritar a la antigua amada y al marido: «¿no veis que ese bribón quiere robaros toda la felicidad?»

¡Y tener, en cambio, que dejarlo a solas con ella, más de una vez, porque Serafín Giunti parecía hacerle adrede de llamarle a otra estancia a fin de no tener que fumar solo!

¡Y tener que fingirse alegre para contentar a otros ojos celosos, los de la buena Juana, que buscaba siempre en él una mirada y una sonrisa, y cuidar de no sonreír más que a ella sola!

Una noche, apenas de regreso en su nido, la buena Juana le dijo alegremente:

— ¿No has notado nada? El *socio* hace una corte desesperada a Angélica; se avergüenza un poco delante de mí, porque sabe que hizo otro tanto conmigo cuando yo era algo, pero lanza suspiros como el brazo, y le da unas miradas!.. ¡Qué risa!..

No sólo reía al decir esto, sino que demostraba claramente la alegría que le causaba el caso, disipando quizás un poco sus celos.

Inocencio hubiera querido preguntar en seguida si había peligro en que Angélica le escuchase; pero se mantuvo en su fingida indiferencia, y Juana continuó alegremente:

— Angélica no puede echar al *socio* de la casa y a una mujer joven y guapa le da siempre gusto el ser admirada...

Leyendo en los ojos de Inocencio un reproche, la buena mujercita truncó su risa para decir que hasta ahora no podía haber ningún mal, y prometió que apenas notase algo...

— Entonces será tarde; hoy mismo debiste cumplir con tu deber de amiga y de hija; empezará mañana, estoy seguro.

Así habló Inocencio, con el acento grave, casi severo que empleaba a veces, y al que Juana asentía inmediatamente, escuchando sin reirse.

Cuando hubo obtenido aquel primer resultado, Inocencio prosiguió:

— Papá, bien lo sabes, adora a su mujer; la adora sin medida, porque sabe que es viejo para ella; pone en su culto todos los amores, el de padre, el de amigo y el de esposo. Y tu padre es un hombre generoso, un hombre que vale todo el oro que pesa; nos toca a nosotros el defenderlo de la injuria de un imbécil... Así es que la parte de ángel custodio te toca a ti sola.

— A mí sola.

Juana aceptó gustosa aquella parte toda para sí; estaba dispuesta a los disgustos y a la fatiga de su misión, con tal de que a Inocencio no se le ocurriese ayudarla.

Fué cosa convenida.

Durante algún tiempo, la tarea no anduvo mal. Juana se pegaba a su madrastra cada noche que presumía la visita del *socio*; no solamente impedía las declaraciones demasiado abiertas, sino que también encontraba una carcajada amable para ponerles término.

Si él suspiraba demasiado, Juana era muy capaz de decirle:

— Hoy no ha digerido usted bien la comida, porque bosteza.

El *socio* protestaba diciendo que era incapaz de bostezar delante de dos amables mujeres; quizás había suspirado sin darse cuenta; pero Juana no se daba por vencida; según su médico, el suspiro y el bostezo acusan el mismo trastorno circulatorio; el *socio* debiera hacer una cura.

— ¿Qué cura?

— ¡Oh!, una cura de movimiento: paseo, gimnástica, esgrima.

Un día el *socio* impaciente balbuceó un madrigalito dirigiéndolo no ya a las dos, sino a ella, a la señora de Giunti en persona; y Juana, riendo siempre, dijo a la madrastra:

— No lo creas, Angélica; el señor está de broma; a mí, de recién casada, me dijo exactamente lo mismo.

Esta estocada cruel hizo batir en retirada al *socio* una hora antes que de costumbre; pero se vengó yendo el día siguiente a excusarse con Angélica, a quien insinuó este aforismo:

— Las feas no pueden sufrir la admiración que un hombre tributa a las mujeres guapas.

Por su parte Juana procuraba ridiculizar a los ojos de Angélica al *socio* de los suspiros, que no sabía vestir, ni andar, ni decir una frase en conversación sin sacudir las narices soltando un cumplimiento cursi, y, en fin, que llevaba peluca.

(Se continuará.)



Venecia. - El magnífico fresco de Tiépolo que se admiraba en el techo de la nave central de la iglesia de los Carmelitas Descalzos y que ha sido destruído por las bombas lanzadas por aeroplanos austrohúngaros. (De fotografía de Alinari.)

En la noche del 24 de octubre último unos aviones militares austrohúngaros atacaron la ciudad de Venecia, arrojando sobre ella varias bombas explosivas e incendiarias.

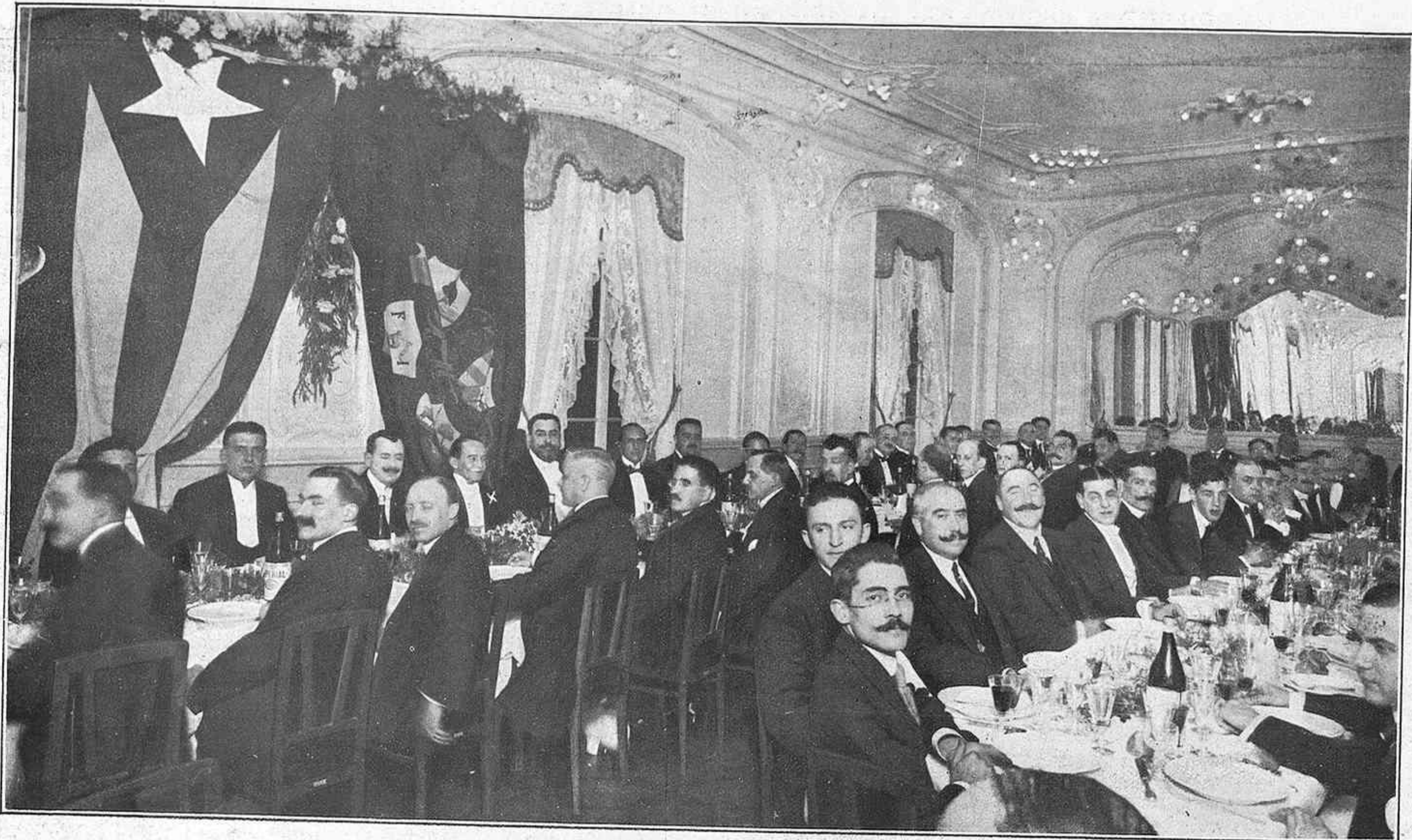
La mayor parte de aquellos proyectiles apenas causaron más que pequeños desperfectos en los sitios en donde cayeron; pero uno de ellos alcanzó el tejado de la iglesia de los Carmelitas Descalzos y hundió el techo de la nave central que estaba adornado con preciosas pinturas de Tiépolo, el famoso maestro veneciano que floreció en el siglo XVIII.

Estas pinturas representaban la traslación a Loreto de la casa en que moró la Virgen María

y que, según la tradición cristiana, fué transportada por los ángeles en 1295, y hoy están completamente destruídas, convertidas en un montón informe de cascotes.

Menos mal que la destrucción no alcanzó a las naves laterales en donde se admiran, entre otros hermosos frescos, los que representan la glorificación de Santa Teresa, y Jesús en el Huerto.

Los valiosísimos lienzos que se guardaban en la iglesia fueron retirados oportunamente por la Junta de la Defensa Artística de Venecia.



Barcelona. - Banquete celebrado en la Maison Dorée en honor y despedida del cónsul general de Cuba en España D. Emilio Chibás (x) con motivo de su próximo viaje a su patria (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

Con motivo del viaje a la Habana del cónsul general de Cuba en España D. Emilio Chibás y Guerra, la colonia cubana de esta capital ofreció un banquete de despedida en testimonio de afecto y simpatía, extensivo asimismo al ministro plenipotenciario de Cuba en España D. Mario García Kohly, que expresamente vino de Madrid para asistir al homenaje.

El banquete se celebró en la Maison Dorée y a él asistieron 150 comensales, entre los cuales figuraban, además de distinguidas personalidades cubanas residentes en Barcelona, los cónsules de Santo Domingo, del Brasil, de Chile, del Salvador, de Venezuela y de Colombia, y el canciller de la República Argentina.

En la hora de los brindis, el vicecónsul de Cuba Sr. Sala, en nombre de la comisión organizadora, ofreció el banquete a los Sres. Chibás y García Kohly.

Seguidamente el Sr. Chibás, en sentidas y elocuentes frases, agradeció la distinción de que se le hacía objeto, expresó la emoción que sentía al partir de España, prometió corresponder aquí, si vuelve a encargarse del consulado, o en su país, si allí se queda, a las muestras de adhesión y amistad que había recibido, y terminó brindando por los puros afectos de amistad hispanoamericana, por la hidalguía de España y por su augusto Soberano.

Al terminar el Sr. Chibás fué objeto de una estruendosa y prolongada ovación.

El ministro Sr. García Kohly celebró las frases del cónsul, al que dirigió las más cariñosas palabras.

Declaró que en este acto no era más que un adherido al justo homenaje dedicado al señor Chibás.

«Nunca - dijo - se siente más hondamente el concepto de la patria que al estar ausente de ella. Por esto - añadió - dedico un sentido recuerdo a la patria cubana. A ella se dirigen los mayores afectos de mi alma, los más fuertes latidos de mi corazón, lo más puro de mis pensamientos.»

Cantó un hermoso himno a la Isla privilegiada, engarzada en el seno del golfo mexicano, a sus límpidas playas, sus fértiles vegas, a la hospitalidad de



A. Ehrmann.

... Qué bien huele tu mano, amiguita!...
- Porque me lavo con jabón de HENO DE PRAVIA.

sus hijos, a la capital populosa defendida por el castillo del Morro, signo algún día de la dominación española y hoy convertido en baluarte de la independencia.

Para honrar esta patria precisa tener un perfecto conocimiento del deber. No todos los deberes son iguales; el deber del guerrero está en el campo de batalla; el del político en la tribuna; el del ciudadano en el cumplimiento de este mismo deber.

Pero la gloria del guerrero se nubla con la tierra antes fértil, esterilizada por la sangre y el cielo ennegrecido por la pólvora. El tribuno deslumbra a las masas con los vibrantes acentos de su mágica palabra, pero en frente de esta tribuna se levanta otra que sostiene una tesis contraria; la verdad no se sabe de qué parte está, pues la brillantez de la frase puede encubrir el error y además la verdad de ayer es el error de hoy, como el error de hoy puede ser la verdad de mañana.

En cambio, la gloria cívica enaltece en todos los casos al hombre; el funcionario digno y honrado no deja en pos de sí, como el guerrero, desolación y lágrimas; no deja, como el tribuno, dudas y vacilaciones; deja sólo un alto ejemplo que imitar, como el Sr. Chibás, que en el desempeño de su cargo se ha hecho digno de todos los honores.

«Brindo - dijo el ministro - por el cónsul de Cuba, por Cuba, por España, por Barcelona, la ciudad industrial y emprendedora por excelencia, y al dar mi despedida al cónsul de nuestra patria, le pido que lleve a Cuba la expresión del entusiasmo ardiente por parte de los que en la noble tierra española sentimos el más acendrado cariño por nuestra patria hermosa.»

El Sr. García Kohly fué interrumpido varias veces con estridentes aplausos en varios pasajes de su hermoso discurso, siendo el final de éste objeto de una ovación estruendosa.

Terminó el acto a los acordes de los himnos español y cubano, que fueron escuchados de pie por todos los comensales.

La fiesta fué una verdadera muestra de confraternidad hispanocubana.

LAS GRANDES ESCULTURAS DE 1915 EN EL CEMENTERIO MONUMENTAL DE MILAN



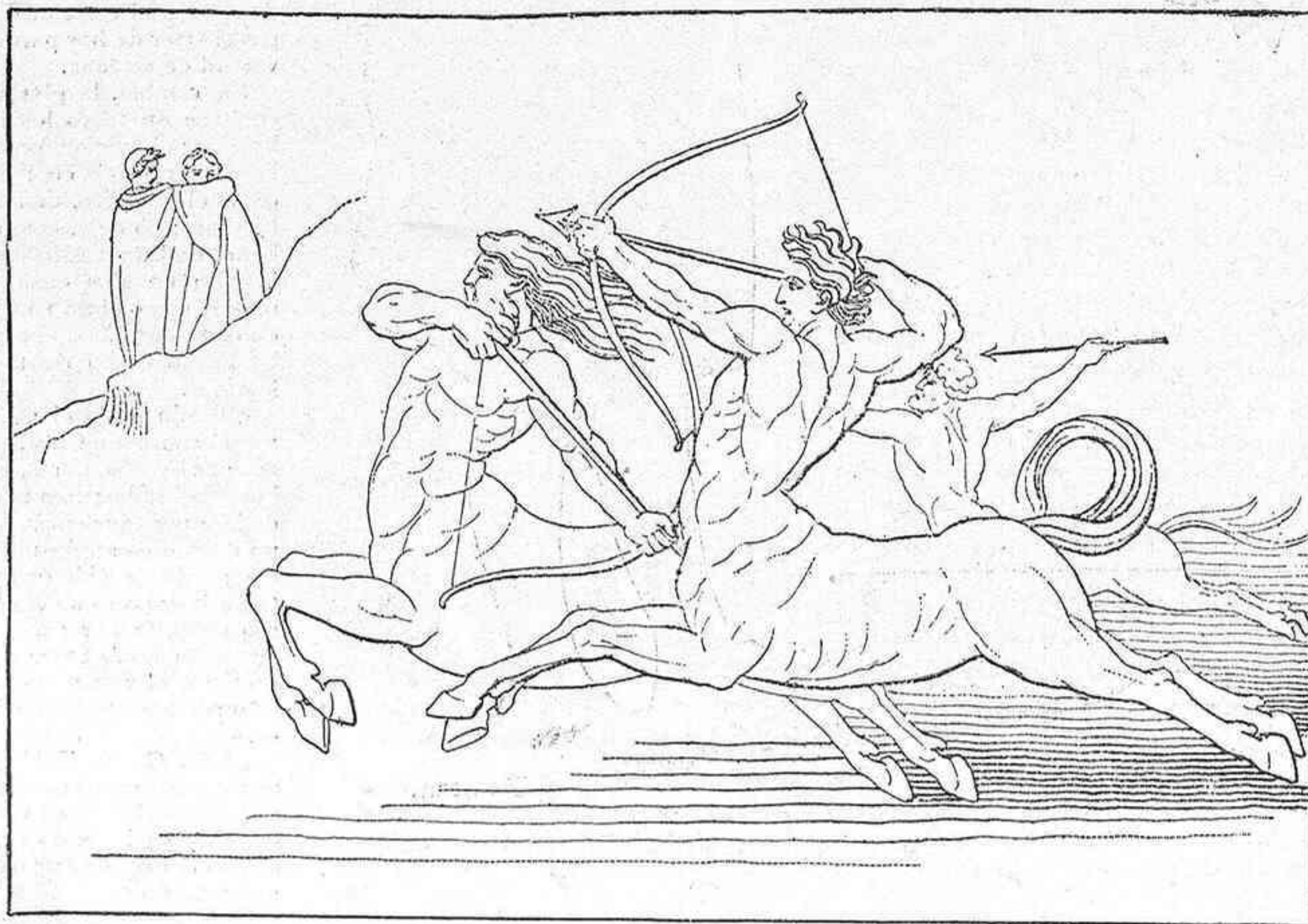
Monumento funerario erigido al escultor Carcano

Anualmente, en el día consagrado por la Iglesia a la conmemoración de los Difuntos, suelen inaugurarse grandes monumentos en los cementerios de Milán. Los que más han llamado la atención de los inteligentes, este año, son los que aquí reproducimos de fotografías de Carlos Trampus



Monumento funerario erigido al ingeniero Spasciani

LA DIVINA COMEDIA por DANTE ALIGHIERI



Al vernos descender, se pararon todos, y tres se adelantaron de la fila, con los arcos y flechas que habían de antemano prevenido.—Canto XII del Infierno

Traducida y anotada por el reputado académico D. CAVETANO ROSELL, y enriquecida con un prólogo biográfico-crítico escrito por D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Esta notable edición va ilustrada con la reproducción de 110 composiciones dibujadas por el notable artista inglés JUAN FLAXMAN.

LA DIVINA COMEDIA, por Dante Alighieri, se publica en cuadernos semanales de *cuatro reales uno*, los cuales constan de 8 pliegos de 8 páginas de texto, que contienen asimismo la reproducción de las celebradas composiciones de J. Flaxman en número de 110.

La edición se ha impreso sobre papel *couché* y consta de 10 cuadernos de 64 páginas de texto con las ilustraciones de J. Flaxman.

TERMINADA LA IMPRESIÓN DE ESTA OBRA SE VENDE ENCUADERNADA A 12 PESETAS